

- * Se busca Presidente. La disputa por no serlo.
- * Ricos y pobres según Recabarren, escenario de cien años de vida republicana.
- * Celebrar la contradicción, con la prosperidad del salitre y la realidad de los conventillos.
- * Aproximaciones desde la prensa, la arquitectura, la música, el arte y los derechos ciudadanos.

Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos # 51 Año XIV Diciembre 2009 \$1.600

Centenario

una moneda de dos caras





PATRIMONIO CULTURAL

Nº 51 (Año XIV)

Diciembre 2009

Revista estacional de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), Ministerio de Educación de Chile.

Directora y representante legal: Nivia Palma.

Consejo editorial: Ricardo Abuaud, José Bengoa, Marta Cruz Coke, Diamela Eltit, Humberto Giannini, Ramón Griffero, Pedro Güell, Marta Lagos, Pedro Milos, Jorge Montealegre, Micaela Navarrete y Pedro Pablo Zegers.

Comité editor: Claudio Aguilera, Grace Dunlop, Michelle Hafemann, Virginia Jaeger, Leonardo Mellado, Delia Pizarro y Víctor Mandujano.

Colaboran: Gabinete y Departamento de Prensa y RR.PP. Dibam; Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional; Museo Histórico Nacional.

Editora: Grace Dunlop (grace.dunlop@dibam.cl).

Periodista: Virginia Jaeger (virginia.jaeger@dibam.cl, patrimonio.cultural@dibam.cl).

Ventas y suscripciones: Myriam González (suscripciones.revista@dibam.cl).

Diseño: Junta Editorial de las Comunas Unidas (www.comunasunidas.com).

Corrección de textos: Héctor Zurita

Dirección: Moneda 650 (Biblioteca Nacional, cuarto piso), Santiago de Chile.

Teléfonos: 360 53 84 - 360 53 30

Fono-Fax: 632 48 03

Correo electrónico: patrimonio.cultural@dibam.cl

Sitio web: www.patrimoniocultural.cl

En el diseño de esta publicación se utilizan las tipografías *Fran Pro* de Francisco Gálvez y *Digna Sans* de Rodrigo Ramírez, ambos pertenecientes al colectivo www.tipografia.cl

Esta revista tiene un tiraje de 5.000 ejemplares que se distribuyen en todo el país, a través de la red institucional de la Dibam, suscripciones y librerías.

Reciba la Revista Patrimonio Cultural en su casa durante un año, por tan sólo \$ 6.000. Llame al (56-2) 360 53 84 o al 632 48 03, o escriba a suscripciones.revista@dibam.cl y nos pondremos en contacto con usted a la brevedad. Los números anteriores que no estén agotados pueden ser adquiridos en nuestra oficina, ubicada en Biblioteca Nacional.

Las opiniones vertidas por los colaboradores de la revista no necesariamente representan a esta publicación o a sus editores y son de absoluta responsabilidad de quienes las emiten.

Patrimonio Cultural es una revista de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam), institución del Estado de Chile dependiente del Ministerio de Educación.

Imagen de portada: Detalle iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

www.patrimoniocultural.cl



Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.



"La cueca chilena". Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

Editorial

¿Es válido revisar una celebración hace cien años? ¿Es el mismo país el que celebra? Estas y otras preguntas fueron las que planteamos a diversos especialistas para reconstruir, a través de la participación de variadas voces, cómo fue el proceso vivido en Chile hace justo cien años, cuando la República cumplía sólo cien años de vida independiente de la corona española.

Nos preguntamos cómo cada uno de los estamentos de la sociedad de entonces celebró la fecha, qué noción tenían de lo que se estaba conmemorando y/o cuáles eran sus opciones de vida frente a lo que el Estado chileno prometía a sus ciudadanos.

Tenemos claro que fue un período de conquista de derechos para los habitantes de esta nación y en ese sentido, invitamos a destacados personajes a repasar desde nuestras páginas lo profundo y lo anecdótico, lo cotidiano y lo extraordinario, lo aristócrata y lo vulgar de los chilenos que vivieron ese Centenario.

A través de sus palabras concluimos que la respuesta dada a nuestro requerimiento no era fácil, ni uniforme. Para unos, lo justo es decir que la conmemoración de 1910 fue "celebrar la contradicción" o una fiesta que se ubicaba entre la "construcción de la festividad de la patria o el paroxismo del populacho".

Para otros, significó la oportunidad de conquistar el derecho humano de acceder a la imagen y al sentido, por ejemplo con la inauguración del Museo de Bellas Artes.

Imposible obviar la presencia y la palabra de un personaje fundamental de las luchas sociales sostenidas en aquel período, Luis Emilio Recabarren. Sus palabras, emitidas con ocasión de su discurso pronunciado en Rengo la noche del 3 de septiembre de 1910 son reseñadas en muchos de los artículos aquí presentados. Para Recabarren era imperioso la respuesta a estas interrogantes: "¿Qué cosa es lo que celebra el pueblo en este aniversario? ¿Ha progresado en la República el sistema penal? ¿Ha disminuido el número de delincuentes? ¿Cuántas cárceles se han cerrado a impulsos de la educación?, quizá porque como él afirmaba "la fecha gloriosa de la emancipación del pueblo no ha sonado aún".

Es hora de asumir con la perspectiva histórica las lecciones de entonces. Conocer cuáles son los temas pendientes como país y recuperar la memoria de lo que es nuestro patrimonio social. En la medida que seamos capaces de realizar ese ejercicio, habremos colaborado de alguna manera al propósito que siempre nos acompaña: contribuir al análisis y la reflexión de las temáticas que verdaderamente importan como país. *rpc*

Nivia Palma Manríquez
Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
DIBAM

La disputa por no serlo

Se busca Presidente

Ha habido momentos en nuestra historia en que la institución Presidencia de la República se ha visto devaluada ante la opinión pública, por ejemplo, durante el Centenario cuando, ante la muerte de los mandatarios en ejercicio, los políticos se disputaron por no asumir la primera magistratura.

Por **Rafael Sagredo Baeza**

Presidente de la República es el nombre más frecuentemente utilizado para referirse a la persona que ejerce el cargo de jefe de Estado. Desde temprano en la vida republicana, su figura se asoció a la mayor autoridad del país, lo cual explica algunas de las otras denominaciones utilizadas en el siglo XIX como fueron las de "primer mandatario", "supremo magistrado" y "autoridad máxima". Algunas de ellas aluden a la obligación constitucional del Presidente de hacer guardar la ley y el orden, interpretación consecuente con las características del régimen político instaurado en 1833.

Además, la Presidencia de la República representó y se asoció en el siglo XIX con la República. Su figura, su sola existencia y actuación dentro de los marcos prescritos por la ley, fueron garantía de la vigencia del régimen republicano.

Entre los presidentes del siglo XIX, José Manuel Balmaceda es uno de los más reconocidos, tanto por su fecunda administración, como por el conflicto que en 1891 terminó con su gobierno y con su vida y provocó un cambio radical en la concepción del cargo, que desde entonces ya no tuvo la relevancia política con que había sido concebido originalmente. De hecho, se atribuyó a su excesivo protagonismo lo que terminó por desgastar la institución ante la opinión pública, lleván-

dolo también a la derrota militar ante las fuerzas del Congreso Nacional en agosto de 1891, hecho que dio inicio formal al llamado Parlamentarismo.

De presidente a dictador

El presidente Balmaceda, hasta mediados de 1889, fecha en que comienzan los enfrentamientos más serios con la oposición en el Congreso Nacional, era apreciado como una personalidad política positiva, un "ilustre viajero" que recorría el país preocupado de los problemas locales. Esta ponderación de la imagen presidencial se fundaba, entre otros antecedentes, en lo que *El Ferrocarril* del 16 de marzo de 1889 consideraba "fecunda labor de la administración", la cual había tomado "la discreción y la cordura como normas del gobierno de Chile".

Sin embargo, a partir de entonces, la prensa comenzó a censurar al Presidente. Variados comentarios recibió su política de obras públicas. Se cuestionó cada vez más al gobierno y, especialmente a su cabeza, por la actitud asumida, pues según un opositor, "con el sólo hecho de terciarse la banda tricolor se hizo soberbia, altiva y despótica". La crítica cuestiona la administración en su conjunto; por su prodigalidad, su ligereza para repartir los fondos públicos y, en definitiva, el riesgo de un gobierno rico en un país pobre¹.

En marzo de 1889 *El Estandarte Católico* se preguntaba "¿cómo hacer efectiva la pureza inmaculada de la administración en la inversión de tan cuantiosos caudales?" y, demostrando su verdadera prevención, continuaba, "cómo conseguir que esas riquezas no sirvan para hacer más omnipotente al gobierno, y que no se empleen en recompensar servicios políticos, en pagar las cuentas siempre subidas del servilismo y de la adulación y en oprimir al pueblo arrebatándole a precio de oro sus más legítimas libertades".

José Manuel Balmaceda comienza a ser percibido como un soberano, asociado al autoritarismo y al capricho. Una autoridad que va perdiendo el respeto de la sociedad.

Ejemplo de la preocupación por las situaciones que empezaban a transformar al Presidente en una figura más ligada a la majestad real que a la dignidad republicana, *El Ferrocarril* del 16 de marzo de 1889 ofrece un vocabulario cortesano para mostrar su crítica al explicar que "los séquitos reales y los voceros de corte son siempre los encargados de pregonar las virtudes y de revelar a los vasallos las cualidades ignoradas de sus príncipes".

La evolución que sufrió la imagen presidencial explica que en la segunda mitad de la administración Balmaceda, la que se evaluaba por sus adversarios como conducta autoritaria y arbitraria del gobernante, haya sido suficiente para que se calificara su régimen como dictatorial. Entonces el Congreso Nacional apareció ante el país como el defensor del régimen republicano frente a la amenaza del dictador.

La presidencia desvalorizada

Esta devaluación de los atributos de la institución presidencial es la que se aprecia en el período posterior a 1891. En efecto, perdida la confianza en el buen uso que podía hacer de sus atribuciones, el Congreso Nacional,

Rafael Sagredo Baeza es Historiador y Conservador Centro de Investigaciones Barros Arana, Biblioteca Nacional.

1. Véase nuestra obra *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Dibam -El Colegio de México, Santiago-México, 2001.

triunfador en 1891, asumió esa representación. Hacia fines del siglo XIX la imagen presidencial y su papel en la sociedad habían cambiado sustantivamente.

Si en la década de 1830 se pensó que sólo un Presidente fuerte, dotado de plenos poderes como los otorgados por la Constitución de 1833, sería la garantía del orden y la estabilidad y del propio régimen republicano; en la segunda mitad del siglo, la concepción de la institución presidencial evolucionó hacia posiciones diferentes y la Presidencia y sus representantes comenzaron a ser percibidos como los grandes obstáculos para la plena vigencia del régimen republicano.

Este dramático cambio en la percepción pública de las instituciones explica, entre otros antecedentes, la crisis de 1891 y la derrota presidencial. Pero también, hace más comprensible el cambio del régimen político hasta entonces vigente y la transformación de la Presidencia de la República en una institución cuya cabeza pasa a ser una figura de tono menor.

El humorístico periódico *El Jeneral Pililo* expresó a través de los versos que acompañaban su caricatura “Escala presidencial”, publicada el 10 de septiembre de 1896, lo que puede ser considerado un sentimiento generalizado en el país. En ellos, y luego de evaluar el paso por la presidencia de Manuel Bulnes, Manuel Montt, José Joaquín Pérez, Federico Errázuriz E., Aníbal Pinto, Domingo Santa María, José Manuel Balmaceda, Pedro Montt y Federico Errázuriz Z., resultando Balmaceda el más favorecido, sostiene que desde 1891:

*“Para ser Presidente
De Chile no vale ya
Ni talento ni honradez,
Patriotismo e integridad
Política sólo valen”.*

El lamento del poeta es expresivo cuando dice:

*“¡Oh Patria a quién siempre adoro!
Tu escala presidencial
Que a inmensa altura elevaron
Balmaceda y muchos más,
Hoy que tanto ha descendido
¿Hasta dónde bajará?”.*

La pérdida de prestigio del Presidente de la República durante el llamado período parlamentario, puede ser mostrada a través de numerosos ejemplos, como el que nos ofrece otro poeta popular en 1905. Aquel año, el presidente Germán Riesco había anunciado visita a las provincias del norte del país, suscitando la reacción de que da cuenta el poema “Consejos”, publicado en *El Pueblo de Iquique* el 4 de febrero de 1905.

*“Al primer magistrado de la
nación, sobre su viaje a las
provincias del Norte.
El jefe de la nación,
nos pretende visitar;
será para así aumentar,
del pueblo, la indignación”.*

Para la sociedad toda, era claro que el Presidente había dejado de ser el actor fundamental de la vida nacional, transformándose en un actor “impotente”, un “elemento decorativo”, una “piedra de esquina”, un “estafermo” que “no gobierna”, entre las expresiones utilizadas para calificarlo.

1910: La disputa por no ser presidente

Todo lo dicho explica la tranquilidad mostrada por la sociedad chilena cuando en 1910, entre el 16 de agosto y el 6 de septiembre, justo antes de las fiestas conmemorativas del Centenario de la Independencia y en el lapso de un mes, el país experimentó las pérdidas sucesivas del Presidente de la República, Pedro Montt, y del vicepresidente que lo subrogó, Elías Fernández Albano, a causa de enfermedades que terminaron con sus vidas.

Si bien es cierto que la forma en que se salvó el problema de la sucesión fue vista por el país y los representantes extranjeros que asistieron a las fiestas como un ejemplo de la tradición política de Chile, no es menos cierto también, que la situación no fue traumática pues el jefe de Estado en la época no jugaba el papel central que había tenido hasta 1891. La resolución del problema constitucional que provocó la muerte del Jefe de Estado, en virtud del cual uno de los posibles sucesores cedió sus derechos en favor del otro, ejemplifica bien que la Presidencia de la República había dejado de ser lo que alguna vez había sido, esto es, la detentadora del poder. ¹⁷⁶



Presidente José Manuel Balmaceda. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

Celebración popular

Entre la construcción de la festividad de la patria y el paroxismo del populacho

Por **Milton Godoy Orellana**

Milton Godoy es Historiador y profesor de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

1. Diego Barros Arana, *Historia General de Chile* (Santiago: Ed. DIBAM, 2002) 151.

2. Nicolás Guzmán, *Cabildo abierto realizado en el Tribunal del Consulado en Santiago el 18 de Septiembre de 1810*. (1889). Óleo sobre tela, Colección Museo Nacional de Bellas Artes.

Diego Barros Arana escribió que el día del Cabildo del 18 de septiembre de 1810 se reunieron de 300 a 400 vecinos “de la primera nobleza”¹, construyendo una narración que devino en imagen con el cuadro de Nicolás Guzmán, pintado en 1889². Ambas narraciones formaron la percepción visual de esta acción de allí en adelante. ¿Pensarían cuán gravitante sería esa imagen en el futuro de la nación y los connacionales? Su recreación de una veintena de patricios distribuidos en el salón construyó un concepto: allí el populacho no tenía voz. La aristocracia local definía el futuro de la naciente opción republicana, la cual se dibujaba en los notables distribuidos en el Real Tribunal del Consulado, centro del poder colonial.

En la pintura discutida están presentes los principales estamentos del poder: un militar extiende su brazo en ademán discursivo; el fraile Camilo Henríquez, del sector pro independentista de la iglesia; más allá, otro militar insinúa a Francisco Javier Reina; al centro de la imagen, un personaje que parece solo frente al báculo, símbolo del poder político, su vestimenta y su actitud parecieran resaltar la dignidad del cargo, una lectura más avanzada vería en él a Mateo de Toro y Zambrano. La escena carece de algunos de los elementos que representan al rey por antonomasia: el sello y el estandarte real.

¿Dónde estaba el mundo popular?

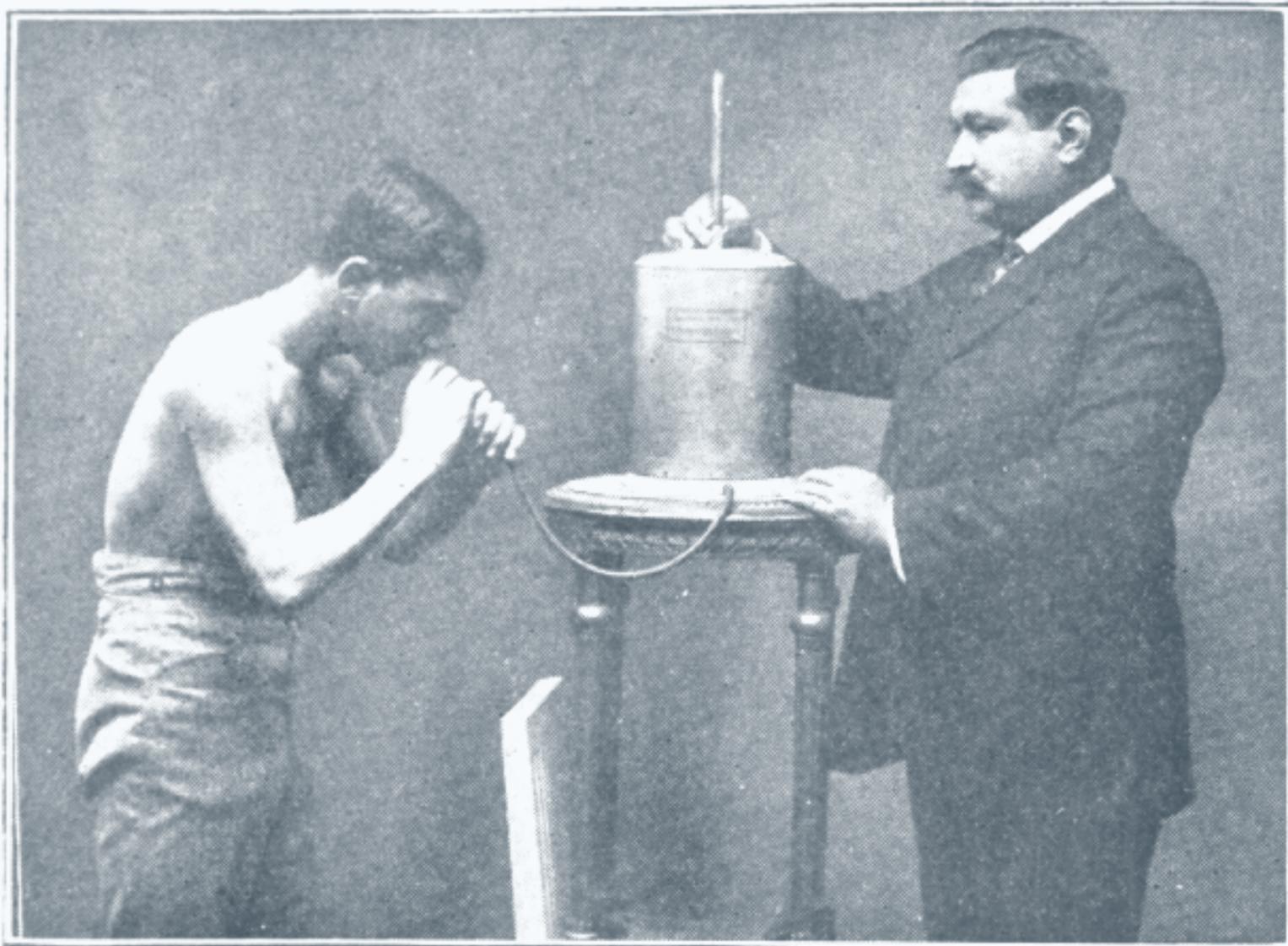
En el contexto, el populacho escasamente quedó dibujado en un guardia, más no un oficial, sino un representante de la soldadesca que protegía la puerta, seguramente del ingreso de los no invitados.

El aniversario de los cien años de la realización del Cabildo de 1810 encontró a Chile haciendo todos los esfuerzos posibles para “hacer patriotas” en las aulas de la República, pues a la par de civilizar y educar en torno a una nueva racionalidad, se pretendía que desde allí emergieran futuros ciudadanos conscientes de su pertenencia a una nación.

¿Era ese el bajo pueblo?, sin duda no. Probablemente, esta era una defensa para los no integrados, quienes no fueron considerados parte de “la primera nobleza”. Tal vez se temía un “asalto” del populacho, quienes se diluían entre obedecer la seguridad del rey versus la continuidad de sus amos, patronos o jefes.

Al pensar estos hechos a la luz de lo acontecido un siglo después, surgen las preguntas: ¿cuáles fueron los mecanismos que llevaron a la participación en la apoteósica festividad del Centenario?, ¿cómo celebró el bajo pueblo? Ambas están ligadas y sus respuestas son el resultado del largo proceso decimonónico de construcción de la *comunidad imaginada*, donde operaron estímulos visuales que resumieran y significaran el sentir nacional, tales como la bandera y el escudo, que paulatinamente calaron profundo y significaron una adscripción a la nación.

Desde el comienzo del período se realizaron todos los esfuerzos posibles para “hacer patriotas” en las aulas de la República, pues a la par de civilizar y educar en torno a una nueva racionalidad, se pretendía que desde allí emergieran futuros ciudadanos conscientes de su pertenencia a una nación resultado del esfuerzo de sus antepasados. De esta manera, la función de la escuela pública fue primordial, en cuanto las escuelas y sus profesores normaron y repitieron la historia como una “religión del Estado”, llena de dogmas irrenunciables y de loas a la patria, formando por décadas durante el siglo XIX generaciones de *patriotas*.



Aspirando oxígeno. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

Otro tanto hizo el control del espacio público, donde se expresaba la irrupción del panteón nacional y su hagiografía en ciertas fechas que recordaban los esfuerzos del pasado hechos por las élites para construir la nación: las calles se llenaron de nombres de patriotas y cada plaza o parque fue el escenario en que se emplazó la estatuaría cívica. En todo el periodo sólo se reconoció la participación del bajo pueblo en la construcción del Estado nacional con la erección de la estatua al anónimo *Roto Chileno*, el 7 de octubre de 1888, durante el gobierno de José Manuel Balmaceda Fernández, para recordar el triunfo de las tropas chilenas en la guerra contra la Confederación Perú Boliviana.

Nuevo calendario festivo

Uno de los elementos de integración más importante fue la necesidad de establecimiento de un nuevo calendario festivo. “Vivimos en la época de fiestas políticas que se generalizan y multiplican en el mundo civilizado –escribía Domeyko en sus memorias de sus viajes–, se queja la gente de la abundancia de las fiestas religiosas, pero en el nuevo calendario político los llamados progresistas gustarían de autocelebrarse mediante los más espurios triunfos”³.

Para una sociedad vecindada con los fastos de la corona, la fiesta era un vehículo de imposición y penetración visual, cuyo discurso había resultado eficiente, por ende, las autoridades republicanas eliminaron festividades, resignificaron otras e impusieron las que ensalzaran los triunfos de la nación. Como señaló Rodolfo de Roux, los desfiles militares, las retretas y sus discursos se entrelazaron para crear “un ambiente espacio temporal de participación y comunión colectiva”⁴.

La construcción de la nación requería de un boato festivo que ensalzase a los constructores de la patria y fijase un nuevo calendario que recordara sus actos heroicos y fundacionales. El primer paso de las nuevas autoridades fue regularlas para resaltar, como señaló Germán Colmenares, los hechos “fastos y nefastos que iban jalonando ese calendario con una crónica elemental”⁵. La importancia del calendario se visualizó como necesaria desde las transformaciones radicales proporcionadas a éste en el contexto de los cambios de la Francia revolucionaria, ejemplo que probablemente redundó en la percepción de los criollos triunfantes en el proceso de independencia nacional. Así, se buscó articular lo sacro y lo profano en un nuevo entramado festivo, que dio como resultado destacar las fechas significativas para

la configuración de la memoria de los presentes y futuros connacionales, organizando la vida social como “testimonios palpables del saldo de las batallas alrededor del poder”⁶.

El paroxismo del populacho⁷

Vista en perspectiva, la celebración de septiembre fue producto de un proceso de inserción en los sectores populares de elementos que abigarraban la formación del “sentir nacional”. Las autoridades aceptaron excesos que en otras ocasiones habrían radicalmente cuestionado, como la abundancia y gratuidad del alcohol que destacaban los periódicos, o los divertimentos con que la peonada “gozaba a sus anchas”, porque –como señalaba un articulista de *El Copiapino*– con motivo de lo que se celebraba “la policía se mostró tolerante” con los trabajadores, a quienes “tanto agradaba” abofetarse “por humor”, adquiriendo ribetes de patriotismo, en cuanto esta fiereza, ahora celebrada, acercaba a la imagen de los indígenas en otras ocasiones vilipendiados en el mismo periódico, alcanzando ribetes épicos en el lenguaje usado para describir una pelea callejera:

“Allí era de ver los nervudos brazos y anchas espaldas de los descendientes de Rengo y Caupolicán, mostrando la potencia de su musculatura de hierro [...] El vencedor, por el estilo de lo que hacían los antiguos espartanos, era aclamado con vítores por la multitud y desde luego adquiriría el sobrenombre de zaino, como quien dice terne u hombre guapo”⁸.

Estas narraciones persistieron en los periódicos, dando cuenta de un gran “estímulo” entregado desde el Estado para dar anualmente realce a cada celebración de “la independencia”. Por ende, cuando se cumplieron los cien años de la realización del Cabildo la celebración fue apoteósica. Lo cual no significa que no hubiera lúcidas voces disidentes, como la de Luis Emilio Recabarren, que criticó “la fiebre de acumular millones”⁹ y mostrara la aridez de la verdad acerca del problema social que Chile vivía cien años después de su “independencia”. No obstante, había transcurrido un largo periodo en que el *populacho* aprendió a sentirse chileno. Como hemos visto, los mecanismos fueron variados e impactaron a todos por la sangre derramada y por la actitud heroica de los “padres de la patria”, una suerte de inteligente discurso que permitía dormir –homogeneizados como ciudadanos– bajo el regazo de los padres fundadores. *rpc*

3. Ignacio Domeyko, *Mis viajes*. (Santiago: Ed. de la Universidad de Chile, 1978) 358.

4. Rodolfo de Roux López, “La insolente longevidad del héroe patrio”. *Caravelle-cahiers du monde hispanique et luso-brésilien* N° 72, (1999) 31-43.

5. Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. (Santiago: Ed. DIBAM, 2006) 60.

6. Marial Iglesias “topos y tropos del 98: la inscripción simbólica de los cambios en los espacios de lo cotidiano en Cuba 1898-1902” en *Jasmine Allinder, Et, al. Historia y memoria: sociedad, cultura y vida cotidiana en Cuba, 1878-1917*. (La Habana: Ed. Centro Juan Marinillo y Universidad de Michigan, 2003) 220.

7. Ignacio Domeyko, *Mis viajes...*

8. *El Copiapino*. Copiapó, 24 de septiembre de 1856.

9. Luis Emilio Recabarren. *Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana: conferencia leída en Rengo la noche del 3 de Septiembre de 1910, con ocasión del primer Centenario de la República de Chile*. Santiago: Imp. Nueva York, 1910.

Publicaciones locales

Las plumas paradas de la prensa del siglo XX

Al leer a los “noteros” centenarios con ojos bicentenarios, vemos a padres y madres del periodismo nacional registrando la realidad con una técnica más impresionista que realista – tecnológica. El estilo humorístico era su bastión. Ángel Pino, César Cascabel, Inés Echeverría, Carlos Pezoa Véliz, Francisco Bilbao, Augusto D’Halmar, Amanda Labarca, Jenaro Prieto... helos aquí nuevamente con sus plumas agitando impresos.

Por Heidi Ana Schmidlin Moore

“Salud a los guerreros del Continente Americano! Sea la muerte para ellos un ensueño de lo que columbraron, cuando levantaban un mundo con sus brazos. Pero no les preguntéis por el testamento de la libertad que nos legaron. Vergonzosos herederos, ¿en qué parte la representación no es la orden del día de las oligarquías dominantes? Vuelvo la vista a mi patria y veo extenderse sobre ella el manto infernal de una mentira. Felizmente llegamos a una crisis necesaria. Cuando el mal tiene vergüenza de sí mismo, cuando la hipocresía es la necesidad de todo momento en la vida de un partido, cuando a todo trance se estorca legalmente la voluntad del país, cuando todo medio es empleado legalmente para conseguir sus fines frívolas, es entonces que se ve a la Providencia, es entonces que se presencia la lección sublime: el suicidio del mal...”

No parece tan lejana la columna de opinión que escribe uno de los primeros periodistas del país, Francisco Bilbao, a fines del siglo XIX, si bien el tono de sus lapidarios mensajes denota el rol opinante que desarrolla la prensa avanzando hacia el siglo XX, para luego implantar un definitivo estilo político literario.

Más romántico que positivista

Cuando los Balcanes no acaban de aquietarse, y las imprentas dificultosamente difunden la palabra paz, el mundo ve surgir un nuevo imperio. Reverenciado más que las monarquías, más potente que la embestida de un sable. Es la arremetida del cuarto imperio: la prensa del siglo XX. Su poder omnipresente alumbra y conecta realidades mediante la palabra escrita o hablada y afecta a una sociedad masificada al registrar de una forma innegable los acontecimientos: el lenguaje verbal queda inmortalizado en cintas magnéticas y el no verbal, en fotografías y películas. Más aún: lo exhibido en un diario o relatado por el parlante de la radio, entra en las casas de las personas para quedarse en la configuración de su opinión sin vuelta atrás ni segundas consideraciones.

Es el siglo XX que nace en un mundo con nuevo orden político social. Surgen con fuerza y antagonismo los líderes de opinión y la necesidad de influir en las masas. Necesidad que tiene cara de hereje y que da nacimiento a los hombres de la palabra, los periodistas. Pauteados o inspirados se atrincheran en plataformas ideológicas que catapultan a la sociedad usando las tribunas de prensa; y, como El Mercurio, crean líneas de pensamiento agrupando puntos de vista dispersos que asumen insospechado peso en la medida que se suman. Por una “cuestión social”, los bototos sindicales ahogan a las grandes aristocracias y abren paso a una nueva figura social: la clase media y la masa de opinión informe. Con ellos, “los hombres de la palabra”, masifican la modernidad

y crean la química para fundar el índice de periódicos cuyo nacimiento tiene padre y madre: la política y la religión.

Acuciosidad en la observación e ironía –cuando no franco sarcasmo– son las características más recurrentes con las que el periodismo hace su entrada a la modernidad en el cambio de la centuria. Es un oficio que no se estudia, se vive. Como Ismael Edwards Matte, que además de ser diputado, vicepresidente del Centro Liberal de Santiago, director de la Sociedad de Instrucción Primaria Obligatoria–; es hombre de la prensa, fundador de la revista Hoy y de Editorial Ercilla. En febrero de 1922 “protagonizó cuatro lances de honor durante su época de parlamentario. A raíz del escándalo de los albergues fue retado a duelo por el capitán Julio León y en octubre del mismo año, se batió con el diputado Cornelio Saavedra. En mayo de 1923, la policía frustró dos veces su duelo con el diputado Wenceslao Sierra. En junio de 1927, fue desafiado por Jorge Matte Gormaz pero una acertada gestión conciliatoria de los padrinos lo impidió”. Salió en todos los diarios y Alfonso Valdebenito lo inmortalizó en su obra *Historia del Periodismo* (1956).

Consultado Alfonso Calderón sobre cuál sería su elección si de lista de notables del periodismo chileno se tratara; sin vacilar apuntó a Raúl Simón Bernard, el *César Cascabel* de la sección “Corre Vuela” (La Nación, 1919). El ingeniero/periodista, creador de la escuela “Significacionista” –del cual él es el único integrante–, fue famoso por sus artículos breves y sagaces: “si artículos pueden llamarse sus escritos de dos o tres líneas, los más cortos que se han escrito en el mundo y que poseían ‘algo de esquemático, de fórmula, de álgebra y cálculo infinitesimal en el chiste serio’.” (Alfonso Valdebenito)

Tampoco escatimó oportunidad para mostrarse indefenso ante la demanda femenina por tener voto (voz ya tenía): “A la Sra. Inés Echeverría de Larraín, debo agradecerle uno de los peores días de mi vida: Mi mujer y mis cuñadas tenían conversaciones misteriosas... Yo a las perdidas oía decir: “emancipación”... 6.15... Universidad... Iris... ¿Quién se queda con el niño?... Con esta frase, una parte del misterio se aclaraba. Yo me quedaba con el niño... 6:30 pm: He ojeado cinco libros de puericultura y en ninguna encuentro la explicación del mecanismo que une la camisa al pantalón y al chaleco... 8:30: Ellas han llegado.. pero recién a las 9:15 pude entender que venían de una conferencia sobre los “Derechos Civiles de la mujer”... ¿Por qué –si los maridos no servimos para el cargo– no nos dejan siquiera la libertad de renunciar?”. (Reflexiones de un Optimista, 1923).



Fotografía de Iris Echeverría Bello. Colección Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en www.memoriachilena.cl, portal de la cultura de Chile.

Amanda Labarca entrevista a Iris (Inés Echeverría Bello)

En la conversación realizada para la Revista Familia (1915), se vislumbra el antagonismo entre “afrancesados” y “criollos”. También las luchas femeninas por salir de las restricciones impuestas por la sociedad del siglo XX, ambos temas recurrentes de la época.

La Vida del Espíritu

- *¿Por qué ha escrito en francés su último libro: “Entre deux mondes”?*
- Porque es el idioma de mi arte; porque pienso y siento en francés.
- *¿Qué cosa más rara! Siendo Ud. chilena ¡todavía nieta del más grande de los gramáticos castellanos (Andrés Bello)...!*
- No, no es raro. Voy a contarle a Ud. los principios de mi vocación y de convencerle. De muchacha y viviendo todavía en el austero encasamiento de la familia, sentía ya el impulso de escribir, pero me daba cuenta también de lo inaudito de semejante impulso: una muchacha escribiendo y escribiendo literatura! No hubo más que un medio de conciliar mis vehementes deseos con el natural pudor de substraer mis escritos a los comentarios y a las burlas, y escribí en francés.
- *Entonces, ¿a Ud. no le gusta el castellano?*
- ¡No!, mil veces no. El castellano es para mí la lengua de la cocinera, del proveedor, de las cuentas de la casa. . . Si alguna vez me riñeron fue en castellano, los que me pelan, gracias a Dios, también lo hacen en castellano... ¿Y Ud. quiere que lo ame?
- *Es que el artista no debe atender sólo a la idea y a1 sentimiento, sino también a la palabra. Todo escritor purifica, afina y ductiliza el idioma, y siendo así, creo yo que Ud. lleva la obligación de cultivar el suyo y no otro.*
- ¿Por qué?
- *Porque el idioma es una parte del alma de la raza, y su obra no está, no puede estar aislada: es el producto de un estado de conciencia de la colectividad en un momento de su evolución...*
- Desgraciadamente, yo tampoco siento afinidad alguna por lo que Ud. llama mi raza. Miro mi estirpe y no me reconozco. Los que estuvieron cerca de mí en los años dúctiles de la infancia y en los años milagrosos de la juventud, no hicieron nada por desarrollar en mí esa solidaridad racial. Hasta los 30 años yo fui una cosa, algo que habría podido llamarse sin desmedro un ser esclavo y hasta inconsciente.
- *Y si el castellano fuera lengua enmohecida, los artistas como usted deberían darle la flexibilidad que Ud. cree que le falta.*
- ¿Por qué se habría de adoptar un arma mellada cuando se puede disponer de una lámina de acero flexible, recia y firme al mismo tiempo?
- *Porque la primera es la que Ud. posee, y la segunda tiene que pedirla prestada al vecino.*

Ángel Pino

Casi cumplió 44 años, pero Joaquín Díaz Garcés (Ángel Pino) prefirió ahorrarse el pastel y murió la víspera. Veinteañero asumió la subdirección de El Mercurio, Santiago, en 1900. En 1902, cofundó Las Últimas Noticias y después Pacífico Magazine (1913); además dirige el semanario Zig Zag. En la plenitud de su carrera es nombrado miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua (1917) y la termina, escribiendo para el diario más conservador de la sociedad chilena, El Diario Ilustrado, que finalmente cierra la última página de su vida en 1921.

Charla de Otoño¹

“El 22 de este mes ha tenido lugar la inauguración del Otoño. La ceremonia se ha efectuado en silencio, sin obtener siquiera el legendario párrafo de crónica de ese viejo diario, que cuatro veces al año anunciaba antes a sus lectores la entrada de las estaciones.

... Pero este año el Otoño bajó de la cordillera escoltado por sus rachas heladas y recibió a lo largo de las alamedas el homenaje de los álamos, sus más fieles súbditos, que inclinaron sus copas y dejaron caer menuda lluvia de hojas amarillas. Y, sin embargo, no había sido por nadie anunciado.

... También estamos en el otoño de los negocios ...han soplado las rachas frías de la restricción del crédito, y han caído -amarillas y sin vida- las acciones desvalorizadas, cubriendo el suelo con una capa de hojas secas. Es necesario resignarse al invierno, a un largo, frío y obscuro invierno. Pero, al fin y al cabo, por muy largo, frío y obscuro que sea, nos parecerá menos sabiendo que ha de venir después la primavera. Todos esos árboles que parecen secos para siempre, echarán brotes; todas esas sociedades muertas, mostrarán la punta de un dividendo. Y ese día habrá comenzado la primavera para nosotros.

“Game over” del Salitre chileno/inglés²

Decían que tenía cara de gringo pobre, pero Carlos Pezoa Véliz, nacido el 21 de julio de 1879, de carácter reconcentrado e irascible, es calificado como el “más chileno de los poetas”. Desde el inicio le costó vivir, sus ilusiones siempre tronchadas y consecuente, su muerte también fue un drama. La noche del terremoto de 1906 golpea con especial saña a Valparaíso y acorralla debajo de un muro a Pezoa Véliz -que tertuliaba con su mejor amigo y hermano literario, Augusto D’Halmar (“Y no hay sino usted que sea mi familia”) -. Una viga cae sobre sus dos piernas fracturándolas y rompiendo gran parte de su dentadura: D’Halmar escribiría: “Véliz pasó toda la noche bajo una carreta con unos dolores atroces. Y la frágil pajarera verde que tanto enorgullecía a Pezoa lo aprisionó entre sus barrotes y le cortó las alas”. Lo trasladaron a Santiago, al Hospital Alemán, donde después de sucesivas complicaciones muere en abril de 1908.

Años antes había recorrido la pampa salitrera como corresponsal del periódico “La Voz del Pueblo” de Valparaíso, y su reportaje del fin a las glorias mineras del norte es un filamento de la realidad económica expuesto a través del lenguaje de “El Taita, el más viejo de los trabajadores, el más corrido, el más pobre, el más vicioso de Taltal”:

“Le llamaban el Guapo por mal nombre; más tarde le decían ¡ves que niño! Después El Mala Cara y hoy El Taita de la Oficina. El verdadero nombre suyo no lo recuerda, ni hace falta. Las había echado para el norte por unos cuantos meses nomás; quería juntar unos cobrecitos, comprar un peazo e tierra pa tener en que caerse muerto y llevar donde el cura de Nancagua a la morena colorá que palabrió en la trilla de don Bacho Reyes.

-Por unos cuántos meses nomás.

Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena colorá ni el rancho de Nancagua donde vio transcurrir plácidamente los olvidados días de su infancia...

...La copa, patroncito: esa es mi perdición de siempre. Mire, una vez bajé en la expedición a Caracoles con don Pedro Díaz Gana, trayendo no menos que 3.000 pesos en metales míos. Cuando me entregaron los billetes en que los vendí, agarré una rasca que me duró pa un mes justo. Me templé con la famosa huifa, apuñalé un pirquinero y me arranqué pa Bolivia. Ahí estaba cuando empezaron las primeras diferencias sobre la cuestión del salitre’.

1. Este es un extracto de su “reporte” de la crisis que en los ‘20 cala el invierno chileno.

2. Crónica de Carlos Pezoa Véliz.



Jenaro Prieto caricaturizado por el mismo. Colección Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en www.memoriachilena.cl, portal de la cultura de Chile.

» Crónica de un fusilamiento en Temuco³

Por Augusto D'Halmar

“Los condenados han salido. Avanzan, uno en pos de otro, cada cual con su sacerdote que le ayuda a bien morir, por jerarquía de edad y de crimen, trabadas las piernas por grillos que no deben quitarse ni en la fosa y que dan un tintineo dulce y triste. El Coyocho es el primero y me pongo a su lado observarle...

...Todo se ha hecho en silencio, pero va transcurrido ya una horrible media hora. Lentamente el reloj dio las siete campanadas sin que se apresuren por eso los preparativos. Ya los condenados están en aquel sitio que es como el trono de la muerte, y en ese instante no se recuerda para nada la culpa... El viejecito llora a sollozos, casi a gritos, y el hombre de los grillos está intensamente pálido. Por el suelo uno de los sacerdotes busca los fragmentos de la cruz que las balas hicieron pedazos.

Y otra vez Wilde... “El capellán se arrodillará junto a ese túmulo infamado. Tampoco lo señalarán con la bendita cruz que Jesucristo trajo a los pecadores... Ahora ¡a salir! ¡el tren nos espera! ¡es preciso tomar el coche!, pero cuando lo hacemos, mi compañero y yo, otro personaje invisible y silencioso se instala entre nosotros...”

3. Del texto “La Cadena de los Días”; recopilación de crónicas y relatos que Augusto D'Halmar publicó en El Mercurio a comienzos del siglo pasado. Fusilamiento en Temuco aparece el 5 de diciembre de 1906.

Jenaro Prieto: conquistador en Tontilandia

Este bisnieto del presidente José Joaquín Prieto y autor de novelas, como *El Socio*, llevado al cine francés y americano, deleitaba con su columna “Al Pasar”, firmando “P”, publicada en El Diario Ilustrado desde 1915. Destacó por ser adicto a la cachimba, titularse de abogado con una tesis sobre hipnosis en los juicios criminales, ser “desertor de una lechería y tener cara de Cristo de anticuario –según Joaquín Edwards Bello–”. Republicano de convicción, pero ante todo “un pesimista feliz”. Como tal, da vida a la isla de *Tontilandia* en cuya capital, *Cretinópolis*, se espejea lo más granado y conocido del Chile de 1920, casi todos aquejados de la “enfermedad nacional: el bostezo crónico”.

Panegírico

“Sucede con la ironía lo que con la navaja de afeitar: hay que verla en manos de un inexperto para apreciar debidamente sus terribles consecuencias.

... Es lo que ha sucedido con don Arturo Merino Benítez, ex jefe de Aviación y actual inventor de un salero automático, al caer en manos del autor de Ironía y Sentimiento, don Ángel Custodio Espejo (también periodista).

El improvisado fígaro, pretendiendo embellecerlo, no ha hecho otra cosa que sacarle el cuero...

...La especialidad del señor Merino Benítez son los aterrizajes forzosos. Hay hombres que cuando van en hidroavión amarizan en la tierra, y cuando llevan tren de aterrizaje se dedican a la navegación. Pero estas equivocaciones, aunque suelen costar algunas vidas al ejército y algunos millones de pesos al Erario, son tortas y pan pintados comparados con caer violentamente de las nubes y pasar de Subsecretario de Aviación a defendido de don Ángel Custodio...

Merino –dice– surge de repente en el escenario de la política nacional como una flor de fango en aguas estancadas. Y yo diría, ampliando su figura después de leer su hermoso reportaje visado por el experto Barros Lynch (periodista del Diario Ilustrado) como uno de esos cardos que en la cúspide señalan con la boca roja el camino de las águilas’...

...Esos cardos son flores rojas son quiscos, de igual modo que los quiscos de flor morada que dan pencas son cardos. Pero, ¿qué le ha hecho el señor Merino para compararlo con un cardo boquiabierto? ¿Hay acaso en esto una sutil ironía a las frecuentes distracciones de que daba muestra en sus aterrizajes?...

¿Quién resiste a que le digan flor de fango, cardo, tipo, hombre de aire, flagelado en la cartera, Sancho Panza, torero y otras lindezas parecidas. ¿Quién aguanta a pie firme un panegírico de don Ángel Custodio?” rpe

Publicidad Crema del Harem. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopilada por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

Cuando Chile cumplió

100 años

Por Alfonso Calderón Squadritto

Un cometa fatídico

De acuerdo a la tradición, los cometas que aparecen en el cielo presagian hechos fatídicos, entre los cuales figura, o puede figurar, el fin del mundo. No es de extrañar, entonces, que la llegada -a comienzos de 1910- del cometa Halley pusiera en estado de sobresalto a los chilenos, quienes podían distinguirlo, solemne y majestuoso, cruzando el cielo de Chile.

El período del cometa Halley es de 76 años. Recibe su nombre del astrónomo Edmund Halley, un inglés del siglo XVII que notició acerca de su aparición periódica, entre las que es necesario recordar la del siglo XI. En esta se creyó ver en su cola un alfanje "que auguraba un claro sometimiento de la Cristiandad al poder otomano".

Las preferencias agoreras se multiplican en Chile. ¿Qué males habrá de traer? Pérdida de fortuna o buen nombre, caída en la escala social, incendios o cambios de ministerios, el cólera o la viruela, constituyen algunas de las posibilidades.

Augusto Iglesias ha recordado que en Antofagasta, la ciudad entera "hallábase sobrecogida por el miedo. Algunos 'canutos' predicaban en las calles que el fin del mundo hallábase próximo. En casi todos los hogares se reza el Rosario; y diariamente muchos caballeros -casi todos los del Partido Radical- comulgan con beatitud envidiable".

El Presidente Montt

En Julio, el Presidente de la República, Don Pedro Montt, había partido a Europa para "medicinarse", con permiso constitucional. Tenía menos de 60 años, pero el trabajo excesivo, la inquina de sus enemigos y muchos de sus correligionarios, apresuraron una arteriosclerosis que lo lleva a la muerte, en Bremen, el día 16 de agosto de 1910.

Las columnas de los diarios llevan gruesas guardas de luto. Ganaderos, legisladores, rentistas, militares y clérigos lo llaman con los mayores adjetivos laudatorios. Integérrimo, ecuánime, distinguido, prudente, respetable, sin tacha, honorabilísimo. Gobernantes extranjeros, príncipes y reinas se inclinan conmovidos ante su muerte.

Joaquín Edwards Bello lo recuerda como un Presidente triste, con cara de croque-mort (sepulturero), de figura "algo tétrica, todo de negro, con anteojos y sombrero de paja negro".

El gobierno de Pedro Montt se inicia en 1906 con mala estrella. No cabe duda que el terremoto de Valparaíso (16 de agosto de 1906) no es una buena apertura de un gobierno.

El 26 de marzo de 1907 fusilan al asesino Dubois. En diciembre del mismo año, el general Silva Renard realiza la matanza de los obreros del salitre en la Escuela Santa María de Iquique. El 23 de marzo de 1908 estallan los polvorines de Batauco. "El Parlamento, con una descortesía incomparable, le desechó casi siempre sus opulentos Mensajes, lo que indujo constantemente al Magistrado a recurrir a otros medios, siempre fuera de la Constitución, para llevar a cabo los trabajos públicos con que deseaba glorificar su Presidencia", escribe Francisco Javier Ovalle Castillo.

La "Cuestión Social"

En los diarios santiaguinos se discute acerca de la llamada "Cuestión Social". *El Diario Ilustrado* sostiene que uno de los asuntos más graves que ella porta es la "natural lucha del obrero para trabajar siempre menos y ganar siempre más". *La Unión*, de Santiago, por intermedio de Don Rafael Edwards, expone que las habitaciones obreras son "un baldón para nuestro país. En los miserables conventillos en que vive el pueblo no se puede esperar que se conserve la inocencia de los niños, ni la honestidad de las costumbres. La vida misma de los obreros y de sus familias está amenazada por el pestilente contagio de los conventillos.

Al amanecer septiembre, el clamoreo es colectivo. Todos se felicitan de vivir en fecha tan magna. Dicen que hasta del Japón habrán de venir visitas. Los europeos parecen estar locos porque las fiestas comiencen.

Algunos, que han viajado a Europa, no creen en tanta maravilla porque han visto con sus ojos algunos *vaudevilles* donde nos ponen de oro y azul, imaginándonos como chilenitos llenos de generales, de balazos, de canciones y de asuntos indígenas, de animales salvajes, de selvas y de monos ridículos. Por lo menos, el que quiera creer que lo crea; el que no, que se vaya a París para ver Coucou-Chili, La Petite Chilienne y Le General Bom-Bom. Son espectáculos en los que parecen mezclarse Lehar, Strauss y La Araucana, de Ercilla.

La ciudad se llena de luces. Y de hoyos. Las familias ricas arriendan sus palacios al gobierno, para alojar en ellos a los invitados. Se los pintan y los condecoran con guirnalda de luces, envolviendo sus detalles. A veces, se puede leer en ellos: *Dios y Patria*. Trepano, las luces llenan el contorno del cerro Santa Lucía. La prensa trata de convencer a los basiliscos que manejen coches de posta, para que cobren las tarifas que la autoridad ha fijado sin agredir a los que reclaman, zarandeando la huasca del pescante.

Alfonso Calderón Squadritto
Escritor, Premio Nacional de Literatura.

1. Extracto del libro *Cuando Chile cumplió 100 años* del autor.

La conquista del voto municipal

Los derechos de las mujeres en los años del Centenario

Mujeres laicas de clase media y mujeres católicas, animaron las dos corrientes de feminismo visibles en la primera década del siglo XX. De ambas surgiría la petición de dar derecho a voto a las mujeres, inicialmente sólo en las elecciones municipales, a modo de ensayo.

Por Diana Veneros Ruiz-Tagle

Diana Veneros Ruiz-Tagle es Doctora en Historia Comparada, Brandeis University (EEUU). Profesora titular de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

1. Martina Barros, "El voto femenino" en *Revista Chilena de Santiago*, T. II., 1917.

2. Iris, *Alessandri: evocaciones y resonancias*. (Santiago: Empresa de Letras, 1932), p. 27.

3. Paulino Alfonso, et al, "Es conveniente en Chile conceder a las mujeres el derecho del sufragio", en *Revista Chilena*, año 4, Vol. 10, Nº 21 (mayo de 1920), p. 70.

Una mirada retrospectiva hacia el primer centenario de la república muestra a una chilena que, si era soltera, estaba sujeta a la autoridad del padre. Si casada, en cambio, era dependiente legal del marido. Sin derechos civiles ni ciudadanos, un conjunto de normas culturales integradas en un modelo de "feminidad sana" –centrado en el maternalismo y la domesticidad– la excluían de los asuntos públicos y aportaban a la persistencia de un modelo de relaciones sociales de género que concentraba todo el poder social en el varón.

Esta condición sería gradualmente desplazada por el proceso de modernización. Desde la segunda mitad del siglo XIX, las mujeres chilenas ingresaron a las aulas escolares, asistidas por la expansión de la educación estatal y laica. Y a partir de 1880 adensaron las filas de trabajadoras calificadas, favorecidas por los desarrollos de la industria. Ello les permitió ampliar los límites del hogar y la domesticidad, adquirir conciencia de sí mismas y abocarse a la conquista de derechos.

Mujeres laicas de clase media y mujeres católicas, animaron las dos corrientes de feminismo visibles en la primera década del siglo XX. La apertura de espacios en la esfera pública, y la coparticipación con el hombre, fueron los objetivos principales de las primeras. Las católicas, en tanto, inspiradas en la caridad, asumieron una labor asistencial hacia el binomio madre-hijo. Más conservadoras, discreparon acremente de algunas demandas del feminismo laico, tales como el divorcio y la contracepción.

Ambos feminismos compartieron un discurso que reconocía que, si bien las mujeres tenían las mismas responsabilidades que los hombres en la construcción del mundo, carecían de los mismos derechos. De allí que ambos coincidieran en la reforma del Código Civil, en la reivindicación de un salario equivalente por igual trabajo, y en la aspiración a la expansión de la educación femenina. De sus aspiraciones tampoco estuvo ajeno, aunque con distinto énfasis, el sufragismo.

Los primeros atisbos de reivindicación del sufragismo dan cuenta de mujeres conservadoras de Santiago y La Serena quienes, en 1874 y 1875, inspiradas por la postulación presidencial de Benjamín Vicuña Mackenna, se inscribieron en los registros electorales. La Constitución de 1833 otorgaba el voto a todos los "chilenos", sin distinciones de sexo, mayores de 21 años, que supieran leer y escribir. "Alarmados los políticos interpelaron ruidosamente en la Cámara al ministro Ignacio Zenteno, quien sostuvo que las mujeres podían y debían votar porque la Constitución de 1833 y la ley de 1874 les daba ese derecho. El país entero y el gobierno mismo lo creyeron con el juicio trastornado"¹. No obstante, el empeño de estas mujeres no prosperó. Si bien la Constitución no prohibía explícitamente este derecho, su ejercicio contrariaba el espíritu de la carta fundamental. Más tarde, el Congreso aprobaría, en el año 1884, una reforma a la ley de elecciones que excluía de manera explícita a las mujeres del registro ciudadano.

Sufragio con educación universal

Tras la primera guerra, los avances de la modernización y los propios desarrollos de la sociabilidad y el feminismo chileno enfrentaron a la sociedad chilena con el tema de los derechos políticos femeninos. La opinión pública fue, en el mejor de los casos, ambivalente, y en el peor, contraria a la cesión del voto a las mujeres.

La inmensa mayoría de mujeres era indiferente. Los derechos ciudadanos no harían mayor diferencia en sus vidas. Tampoco todas las mujeres de elite, o de mayor cultivo, eran igualmente entusiastas. Algunas resistían las críticas de "masculinización" y "degeneración" que la obra de las feministas recibía. En el año 1920 varias socias del Club de Señoras contestaron "no lo queremos"² a la consulta de Arturo Alessandri respecto del derecho a voto. Otras, como la célebre Iris (Inés Echeverría de Larraín), seguían aduciendo que el rol de las mujeres era el de criar ciudadanos: "al educar debidamente a nuestros hijos, hacemos en realidad a los sufragantes, y podemos abstenernos quizás, con ventaja, de ir a las urnas electorales"³.



Aquellas, en cambio, que pedían la participación política, no coincidían en cuándo y cómo reivindicar este derecho. En particular, si no existían condiciones para su ejercicio. En 1914, Amanda Labarca declaraba no ser “feminista militante, ni menos sufragista, porque [...] en Chile hoy no cabe una cuestión sufragista”⁴. “En ningún país del mundo” –según su parecer– las mujeres pedían derechos políticos por el lujo de tenerlos. “Los solicitan porque les son indispensables, dadas las condiciones en que viven. Esas condiciones no existen hoy en Chile...”⁵. “No creo” –volvió a sostener en 1920– “en la eficacia del sufragio universal mientras no exista la educación universal [...] La mejor manera [...] de conceder el sufragio femenino en Chile, sería concediéndolo en forma gradual; y después que se hubieran dictado las leyes que autorizan los derechos civiles de la mujer”⁶.

En cuanto al *establishment* político, más cercanos a la concesión del voto a las mujeres eran los conservadores que los liberales y radicales; amparados, tal vez los primeros, en la presunción de que, dada su cercanía con la Iglesia, disponían de una sólida “reserva femenina”⁷. En este contexto, no es extraño que el intento de colocar una ley sobre voto femenino en el Congreso, en 1917, proviniera de la cohorte más joven del Partido Conservador –influida por algunas mujeres del Club de Señoras.

Ciudadanas plenas

Los líderes anticlericales, en cambio, temerosos de la influencia de la Iglesia sobre las mujeres, sostenían que la cesión del derecho a voto debía ser precedida por la reforma civil y la expansión de la educación laica. Pero el avance en estas materias fue lento. La educación secundaria y estatal para la mujer comenzó a impartirse recién en 1891, y la primera modificación al Código Civil, propuesta en 1877 por el diputado liberal Julio Zegers, nunca fue despachada por el comité legislativo respectivo. El Código Civil, en lo concerniente a las mujeres, sólo sería parcialmente enmendado en 1925.

Los partidos políticos femeninos seguían, por su parte, el clima de opinión reinante. El *Partido Cívico Femenino*, nacido en el año 1922, si bien aspiraba a “obtener para la mujer el reconocimiento de sus de-

rechos sociales, económicos, políticos y legales”, planteaba: “primero educar, luego decidir”⁸. El Partido Demócrata Femenino, en tanto, surgido en 1924, enviaba al año siguiente un proyecto de ley que modificaba la ley electoral para dar paso a una verdadera democracia, pero restringida.

Hacia mediados de la década de 1920, las estrategias gradualistas ya se habían asentado. En el año 1922, el *Consejo Nacional de Mujeres*, creado por Amanda Labarca en 1919, reclamó formalmente al Presidente Alessandri los derechos cívicos de la mujer. Y, como supuestamente las chilenas no estaban preparadas para ejercerlos, las líderes de la organización sugirieron que, por vía de ensayo, se les otorgara primero el voto municipal.

Hacia 1926, hasta las mujeres de organizaciones más moderadas, de orientación cristiana, como la *Unión Patriótica*, la *Asociación Juvenil Católica Femenina* y la *Acción Nacional de Mujeres* pedían el voto municipal. Y criticaban severamente la gestión masculina en los municipios. La “corrupción” y la “politiquería excesiva”, desaparecerían con las mujeres, únicas garantes de la “austeridad y el espíritu de sacrificio que debe animar en cuantos tengan representación en el país”⁹. Ellas debían “entrar al municipio no por figurar, sino para sacrificarse por el bien del pueblo”¹⁰.

Finalmente, en el año 1934, bajo el segundo mandato presidencial de Arturo Alessandri, las chilenas obtuvieron el derecho a voto en las elecciones municipales. La Ley 5.357, que consagró esta reivindicación, representó un salto cualitativo en el avance de las mujeres chilenas hacia su aceptación como sujetos de derecho; las dotó de una mayor conciencia respecto de su valía y de la calidad de su aporte en la construcción del país; y les dio nuevos bríos para perseverar en su empeño de convertirse en ciudadanas plenas, logro que alcanzarían en 1949. *rpc*



Iconografías pertenecientes a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

4. Amanda Labarca, *Actividades femeninas en los Estados Unidos* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1914), p. 120.

5. *Ibid.*, pp. 122-123.

6. Alfonso et al, op. Cit., pp. 70-71.

7. Erika Maza Valenzuela, “Liberales, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile (1872-1930)”, en *Estudios Públicos*, 69, 1998, p. 321.

8. Edda Gaviola, *Queremos votar en las próximas elecciones: historia del movimiento sufragista chileno, 1913-1952* (Santiago: LOM, 2007), p. 57.

9. Diario Unión Patriótica, 16/4/1926. En Diana Veneros y Paulina Ayala, “Feminismo Cristiano y Feminismo Laico: Dos vertientes del movimiento pro-emancipación de la mujer en Chile 1920-1940,” en *Perfiles Revelados. Historias de Mujeres en Chile. Siglos XVIII-XX* (Santiago: Editorial de la Universidad de Santiago de Chile, 1997), p. 49.

10. Diario Unión Patriótica, 16/4/1926. En *ibid.*



Centenario MNBA

Contrapuntos e inauguración del espectador

La creación del Museo Nacional de Bellas Artes fue un proyecto cultural que se superó a sí mismo en la medida que significó inaugurar un espacio que por primera vez sería protagonizado por un ciudadano que, de la noche a la mañana, había conquistado el derecho humano de acceder a la imagen y al sentido.

Por Ramón Castillo Inostroza

La fiesta resultaba absurda ante la mirada de una población absolutamente empobrecida y sin derechos ni voz de ningún tipo. Efectivamente, si repasamos estadísticas¹ hacia el año 1910, de una población cercana a las 3.110.000 había un promedio de 10.000 muertes de niños y el promedio de edad de un adulto llegaba a 28 años.

Una postura de descontento ante las celebraciones que logró afianzarse a través de la polémica y censurada publicación del profesor Alejandro Venegas, que fue editada en diciembre de 1910 bajo el elocuente título *Sinceridad, Chile íntimo*, en el que compiló una veintena de cartas que envió sistemáticamente a los presidentes Pedro Montt y Ramón Barros Luco. En ellas fue detallando los distintos aspectos críticos de la economía, política y salud que tornaban incoherente cualquier ánimo festivo:

*¿A quién hemos conseguido engañar con este desvergonzado sainete? ¿A los extranjeros? -¿Creéis señor, que por mui copioso que haya sido el champaña de los banquetes habrá bastado para perturbar su cerebro hasta el punto de que no se hayan dado cuenta de la podredumbre que nos ahoga?*²

Otro intelectual que tampoco deseaba celebrar, e incluso trata de marginarse de las actividades oficiales, fue el político Carlos Morla Lynch, quien en 1910 publicó *El año del Centenario (páginas íntimas de mis Memorias)*:

*Dormir, dormir... dormir, es lo único que me atrae en la hora presente, y, a pesar, del cansancio que siento en las piernas, me dirijo al trote hacia mi hogar, tropezando con quirnaldas, adornos de alambre, programas y banderas, trofeos de algarazas nacionales que surgen de todas partes como criaturas de pesadilla.*³

Este complejo panorama fue matizado, en cierto modo, por la construcción e inauguración de los edificios e instituciones que manifestarían el nivel de civilización y modernidad alcanzado por el país: la Biblioteca Nacional en tanto demostración explícita de la alfabetización progresiva del país; y el Museo y la Escuela de Bellas Artes, destinada a la “alfabetización visual”. En suma, se construyó al mismo tiempo el lugar de “producción” y el “escaparate” del arte.

En 1901 se inició la recuperación de las riberas del Mapocho, el reformamiento de los tajamares y la reorientación de los alcantarillados que fueron inaugurados hacia fin de año. Gradualmente se fue ganando espacio hasta configurar el Parque Forestal. La tarea fue encargada al paisajista francés André Dubois “... quien planificó la arborización de las trece hectáreas de la zona, instalando una laguna artificial, juegos infantiles y monumentos públicos, todo organizado por medio de caminerías serpenteantes, muy a estilo pintoresco del paisajismo romántico”⁴.

El 13 de octubre de 1902 se convocó a concurso público para la construcción del edificio del Museo de Bellas Artes. La Comisión evaluadora aprueba recién en 1905 el proyecto del arquitecto Emilio Jequier, ganador frente a la propuesta del arquitecto Ricardo Larráin Bravo. Una empresa para la que fue destinado dinero presidencial, que gradual y dificultosamente, se fue entregando para avanzar en las distintas etapas de la construcción y levantamiento.

Las dificultades experimentadas por Jequier fueron numerosas, entre ellas debió pedir “aumento de sueldo”, ya que sus honorarios quedaron fijados según concurso en 1905. Pide que se aumente el sueldo a \$ 1.200 (pesos) mensual desde el 1 de enero de 1909 hasta la conclusión de la obra. Que en caso de inaugurarse el edificio en septiembre de 1910 se acuerde una gratificación de \$ 20.000 a los empleados de la oficina de construcción a repartir a prorrata de los sueldos. Demandas a las que sumaron posteriormente los reclamos de Enrique Lynch, el primer director del Museo, quien vio con horror como se aproximaba la fecha de inauguración y no obstante aun no se terminaba el suelo del segundo piso.

Presidente argentino

Finalmente, en la madrugada del 21 de septiembre se repasaban los últimos detalles de montaje de la exposición. La inauguración del edificio significó el triunfo de una visión sobre la cultura y, al mismo tiempo, se convirtió en una metáfora de la esperanza y la luz en medio

del oscuro momento social y político que vivía la nación. En el interior del edificio se terminaba de sacar brillo al bronce de las escaleras y se enderezaba uno que otro cuadro. Como no existía Presidente chileno en ejercicio⁵, y sólo había un Vicepresidente, por protocolo la máxima autoridad en ese momento fue el Presidente de Argentina, el Sr. Figueroa Alcorta quien tras su llegada al Museo a las 11 de la mañana se procedió a interpretar con bronce y orquesta el himno nacional argentino. Posteriormente, quien dio inicio a los discursos fue el Ministro de Instrucción Pública de Chile, Carlos Balmaceda:

*Excelentísimos Embajadores, señoras y señores:
Heraldos de la amistad que la República ha logrado conquistar entre las naciones más cultas de la tierra, habéis asistido á muy diversas manifestaciones de nuestra vida nacional y a vuestros ojos hemos escrito una página en nuestra corta historia republicana. Habéis podido vivir con nosotros un breve espacio de tiempo, conocer el país tal cual es, con todos los defectos propios de la obra humana y penetrar en el porvenir de un pueblo que alejado de los grandes centros de la civilización, lucha con fe incontrastable por alcanzar más altos destinos...*

Por primera vez la producción artística de Chile va á tener un templo digno de los altos fines que persigue. Aquí vendrán nuestros artistas y todo el que sienta en su alma la emoción de lo bello, á recibir las inspiraciones de las obras de los maestros y, en su contemplación sentirán fortalecido el pecho para arrancar al arte sus secretos y conquistar el galardón de la gloria y la inmortalidad.

Tras las palabras de Balmaceda, se procedió a interpretar el himno nacional de Chile, que en este contexto resonaba muy elocuente si consideramos la estrofa en la que Chile es convertido en un paraíso terrenal al ser una "...copia feliz del edén". Tras el silencio que sobrevino se aproximó al estrado el diputado de la nación, don Paulino Alfonso, quien realizó un repaso de la historia de las artes, las instituciones y exposiciones en Chile. De su extenso discurso citamos unos fragmentos:

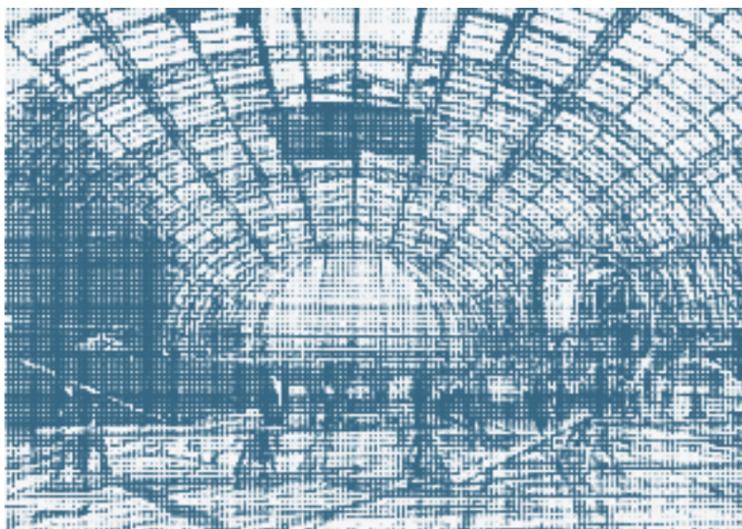
A nadie sorprenderá que las bellas artes no alcanzasen siempre en Chile la consideración y la honra que se merecen: como la doncella de la fábula, predestinada a casarse con un príncipe, fueron durante muchos años la más hermosa, pero no la mejor atendida de nuestras reparticiones públicas...

Necesitábamos y pedíamos casa adecuada; y henos aquí en posesión de un magnífico palacio...

En medio de un parque, en pleno corazón de la República, circundado por grandiosas perspectivas que traen al espíritu reminiscencias de los tiempos clásicos, parece un vasto monolito arquitectónico á las dulces vaguedades de la luz crepuscular. No es solo un palacio; es como un templo; porque es museo, y porque es escuela.⁶

Posteriormente se interpretó el himno del Centenario que fue realizado por el músico Enrique Soro Barriga, con letra del poeta don Samuel A. Lillo. Posteriormente habló el poeta uruguayo José Zorrilla de San Martín. Una vez concluidas estas palabras se abrieron las puertas de todas las galerías y salas del edificio para así recibir la visita de las autoridades y el público general. Desde estas multitudes que se agolparon en el exterior e interior del Museo, ya hacia la tarde decrecieron y sobrevino el silencio. Un silencio monumental que registró con su lente el fotógrafo Odber Heffer, al presentar al Museo sin gente y atemporal, dominando el territorio y señalando el futuro.

Esta breve crónica revela los contrastes y paradojas del contexto bajo el cual se concibió y construyó el Museo. Como toda gran visión, ésta constituyó la superación de las dificultades presupuestarias, políticas y sociales de un país que apostó por crear infraestructura cultural para las artes visuales, bajo la clara conciencia de que en torno a ella se constituía la memoria, el territorio y la identidad nacional. Fue un proyecto cultural que se superó a sí mismo en la medida que significó inaugurar un espacio que por primera vez sería protagonizado por un ciudadano que, de la noche a la mañana, había conquistado el derecho humano de acceder a la imagen y al sentido. Un ciudadano que debutó y se apropió públicamente del patrimonio en su rol activo de espectador para las artes en Chile. *rpc*



Colección Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en www.memoriachilena.cl, portal de la cultura de Chile.



Exposiciones del Centenario:

¿Agotamiento de la disciplina histórica?

Algo cambió. Hace algunos años la imagen que tenemos de Chile ya no es la misma. Una nueva identidad visual ha surgido, muy lejos del tricolor y la postal del Laja. Es un cambio que se siente y se ve. Sea por el Bicentenario o por una labor casi arqueológica de algunos, parece haber llegado el momento de reconstruir nuestra memoria visual.

Por Luis Alegría y Cristián Gutiérrez

A un año de la conmemoración del Bicentenario del país, es importante consignar un dato que representa un elemento crucial de la configuración del campo patrimonial en Chile desde los ya míticos festejos del Centenario, y que particularmente se proyecta hacia el Bicentenario. Nos referimos a la significativa diferencia de organización de la *Exposición Internacional de Bellas Artes* y la *Exposición Histórica del Centenario*.

La mayor disponibilidad de recursos económicos, humanos y físicos, la amplia cobertura de los medios de comunicación, la importancia que le atribuye la clase política y diplomática, y la trascendencia que le otorga la intelectualidad y los artistas de la época a la *Exposición Internacional de Bellas Artes*, hace que ésta siga adquiriendo una centralidad incuestionable. En este texto son evidentes ciertos elementos que constituyen los discursos, las representaciones y prácticas sobre la valoración del patrimonio en el país.

Las Comisiones

La formación de exposiciones de tipo patrimonial data desde mediados del siglo XIX, cuando el intendente Benjamín Vicuña Mackenna organiza la *Exposición Histórica del Coloniaje*, en el año 1873. En esa época, se conformó una comisión de notables para la articulación del evento. Este modelo fue el que se utilizó para la organización de los festejos del Centenario y para la gestión de ambas exposiciones en 1910. Sin embargo, en el caso de la exposición de Bellas Artes podemos ver como ésta ya aparece como preocupación pública en 1904, a propósito de la realización de una exposición de artes en 1905.

“La Exposición Centenal de 1910, tendrá que ser un gran concurso de vastas proporciones de alcance internacional, que demandará un esfuerzo de dinero y de labor muy considerable ... Para 1910 se tratará de mostrar ante el mundo lo que somos, lo que éramos en 1810, lo que hemos hecho en un siglo de vida libre ... Pero lo que se haga en 1905 es la preparación para 1910, es el recuento de las fuerzas con la debida anticipación, es el ensayo en pequeña escala” (El Mercurio, 14 de agosto de 1904).

El edificio

La *Exposición Internacional de Bellas Artes* coincidió con la inauguración del Palacio de Bellas Artes, proyectado por el arquitecto Emilio Jequier, que se concibió como una proyección del Petit Palais de París. *“Nuestros artistas tienen una regia casa, ese Palacio que reúne todas las comodidades y los adelantos en la materia, además de la armonía y belleza de su construcción. Dentro de su recinto se cree estar en Europa...”* (Diario Ilustrado 22 de septiembre de 1910).



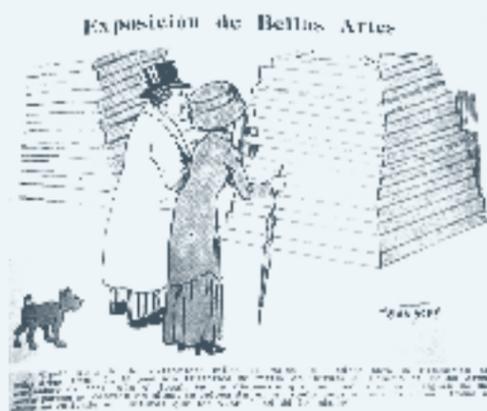
Inauguración Museo Nacional de Bellas Artes. Fotografía publicada en Revista Zig-Zag N° 294, 08 de Octubre 1910. Colección Biblioteca Museo Histórico Nacional

Luis Alegría es Profesor de Historia y Geografía (Umce), Magister Antropología y desarrollo (U. de Chile) Doctorando en Estudios Americanos (Usach-Idea).

Cristián Gutiérrez es Licenciado en Historia y CCSS (U. de La República). Diplomado en Patrimonio Histórico Cultural (Uahc).

En el caso de la *Exposición Histórica* la realidad fue muy distinta. Al no contar con un edificio definitivo, los objetos donados deambularon entre la casa de la secretaría, ubicada en calle Catedral N° 1956, y el propio Palacio de Bellas Artes, como lo consigna esta caricatura de revista Zig-Zag.

Sólo a un mes de inaugurada la exposición se pudo confirmar su sede, el Palacio Urmeneta, ubicado en calle de Las Monjitas. Luego del evento, el edificio fue demolido.



El Programa

Pese a incluir las actividades desde el día 12 al 30 de septiembre, el *Programa Oficial de Fiestas Patrias* sólo menciona la inauguración de la *Exposición Internacional de Bellas Artes*. Omite la exposición histórica, cuya inauguración tiene lugar el 21 de septiembre, a las 2 PM. El retraso de la organización y los problemas financieros, provocaron quizás esta falta de visibilidad de la exhibición histórica. “Día 17. A las 2 p.m.-Inauguración de *Exposición Internacional de Bellas Artes i Arte Retrospectivo, con asistencia SS. EE. los Mandatarios de Chile i de la República Argentina. Discursos del Ministro de Instrucción Pública, del Diputado don Paulino Alfonso i de don Alberto Mackenna. Honores militares*” (Programa Oficial de Fiestas Patrias en Santiago).

El Catálogo

A diferencia de la *Exposición de Bellas Artes*, la *Exposición Histórica* no contó con un catálogo que permitiera saber con certeza los objetos que se exhibieron. Nuevamente, los recursos y la precariedad del trabajo hicieron imposible dicha tarea. El catálogo de la muestra de Bellas Artes da cuenta de la construcción del edificio, de las distintas secciones y un detallado listado de las obras exhibidas.

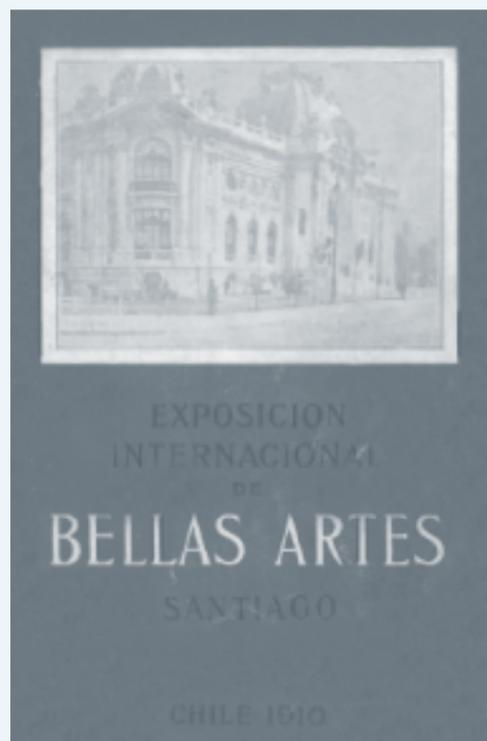
Esta situación, de mayor visibilidad de la exposición internacional, también es posible pesquisarla en la prensa de la época. La revista Zig-Zag, a lo largo del segundo semestre de 1910, continuó informando de la muestra, con reportajes a las distintas secciones de cada país participante.

Un trato muy diferenciado fue el obtenido por ambas exposiciones, lo que expresa algo más profundo, relacionado con el agotamiento de la disciplina histórica como referente representacional de la identidad, o mejor dicho, como estrategia discursiva de proyección identitaria.

Mientras esta disciplina fue tan importante a lo largo del siglo XIX, para definir y trazar la memoria común de la nación, a principios de siglo ya no parece necesario mirarse a sí mismo. Predomina un mirar al futuro, por ello la palabra progreso será la más repetida en los discursos y reportajes. Por esto, el poco encanto a una exposición que nos habla y remita a un nosotros, local, periférico, subdesarrollado, latinoamericano, no formaba parte de la preocupación social. Sentirse en Europa, actuar y vestirse como europeos, apreciar y comparar el arte chileno como si fuera de Europa, son las claves del Centenario. La pregunta es: ¿Qué evento patrimonial será el que predomine en el Bicentenario?, o mejor aún, ¿Cuál es la estrategia representacional que predominará en éste? ¿Arte, historia u otro?. rpc



Colección Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en www.memoriachilena.cl, portal de la cultura de Chile.



Cien años republicanos

Celebrar la contradicción

Esta frase parece ser la más acertada para calificar lo que fueron los festejos de 1910. Eran los años de prosperidad del salitre y del encandilamiento con París, del Teatro Municipal y del Club de la Unión, pero también, los años de la cuestión social y de la Matanza de Santa María de Iquique, del conventillo y de la huelga.

Por Bárbara Silva Avaria

Bárbara Silva Avaria es Licenciada en Historia.

1. Por ejemplo, Luis Emilio Recabarren, con la conferencia dictada en Rengo el 3 de septiembre de 1910 "Ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana".

2. *El Ferrocarril*, Santiago, 8 septiembre 1910 Pág. 3.

3. *El Sur*, Concepción, 9 septiembre 1910. Pág. 1. (se repite casi diariamente).

4. *El Ferrocarril*, Santiago, 8 de Septiembre 1919. Pág. 1 (se repite casi diariamente).

5. Morla Lynch, Carlos, *El año del Centenario*, Santiago, 1921, Pág. 16.

La "palabra" Bicentenario se escucha por todas partes: premios, obras públicas, juegos deportivos, programas de gobierno, organizaciones privadas, y suma y sigue. Se trata, obviamente, de la celebración de los doscientos años de la Independencia, y el antecedente más evidente que podemos encontrar de esta próxima celebración es el Centenario de la República, en 1910. El origen de estas fiestas es la instalación de la Primera Junta de Gobierno y no la declaración de Independencia propiamente tal. Sin embargo, sería absurdo creer que el Bicentenario podría conmemorarse en el 2018, ya que a nivel de ideas, 1810 es el año relevante. Es el primer paso en forjar un proyecto de nación "moderna", a través de un ideario republicano, liberal e ilustrado, más allá de la violencia en el campo de batalla, como lo sería conmemorar el año de 1818.

El origen no es un detalle en el tema de las celebraciones, pues estas fiestas se comprenden desde lo que se conmemora. En ese sentido, el Chile de 1910 estaba muy lejos de configurar una homogeneidad en cuanto a las fiestas del Centenario. La gran mayoría de la oligarquía dominante asumía que el Centenario era la situación idónea para vanagloriarse del éxito de los primeros cien años que habían transcurrido desde que se embarcaran en la empresa del autogobierno y de la consecución de la anhelada "modernidad". Había otros sectores, -incluso algunos pertenecientes a la misma oligarquía-, que no asumían dicho éxito, y aunque apoyaban la institucionalidad republicana, veían diversos aspectos que era necesario modificar. También existían posturas más radicales¹, que se preguntaban qué sería lo que esta elite celebraba, y enfatizaban las abismales e inaceptables diferencias entre miembros que se decían parte de una misma "patria".

Se trataba de las contradicciones del Chile de comienzos del siglo XX, manifestadas en los más diversos ámbitos y que se harían parte de las celebraciones. Eran los años de prosperidad del salitre y del encandilamiento con París, del Teatro Municipal y del Club de la Unión, pero también, eran los años de la cuestión social y de la Matanza de Santa María de Iquique, del conventillo y de la huelga.

En ese Chile, a medida que se acerca septiembre, en la prensa se observa una creciente diversidad de avisos comerciales promocionando productos u objetos del Centenario: relojes, lámparas, chocolates y licores, cigarrillos, sombreros, etc. El fenómeno no parece extraño. El nombre "Centenario" parece haber sido una suerte de gancho publicitario, y también una garantía de refinamiento y moda, por supuesto, aludiendo al referente extranjero: "Para el Centenario iluminación veneciana. Faroles chinoscos de papel, la más hermosa iluminación que se usa en las grandes fiestas de todas las naciones"². Pero estos avisos publicitarios también interpelan la nacionalidad: "No puede ser chileno! Quien no fume los exquisitos cigarrillos Centenario"³, y también dan cuenta de la exclusión con que se opera: "A los plátanos. Llegaron objetos para el Centenario y repuestos para encendedores"⁴.

Delegaciones extranjeras

A comienzos de 1910 se manifiesta cierta preocupación por la ausencia de programas gubernamentales. "El próximo aniversario de un siglo de emancipación política preocupa vivamente al señor Ministro, pero lo rodea la indiferencia general y las dificultades de todo tipo"⁵. Por razones obvias, el Centenario no era algo aislado que ocurriera en Chile, varios países de Latinoamérica estaban celebrando o



Señorita María Riesco Errázuriz. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

bien preparando sus respectivos aniversarios. Como la Cordillera de los Andes parece ser un símbolo de identidad muy potente, una vez que se celebra al otro lado de la cordillera, el tema cobra mayor importancia: no se podía ser menos que Argentina.

La cercanía del mes de septiembre trajo acontecimientos inesperados. Falleció el presidente Montt y también el vicepresidente que lo subrogó, Elías Fernández Albano. Y en una solución constitucional improvisada, asume Emiliano Figueroa. De uno u otro modo, llegó la celebración. En la prensa, la cantidad de referencias a delegaciones latinoamericanas, europeas y norteamericanas es abrumadora a medida que se acercan las fiestas: notas respecto de su llegada, traslado, estada, de los regalos que trajeron, etc. Es posible pensar que este Centenario “nacional” fue producido en torno a los que venían de afuera, y ante los cuales había que lucirse.

Hubo presupuesto del gobierno para remodelar casas de la elite santiaguina para que los ilustres huéspedes extranjeros alojaran en ellas, pues, aunque querían presentar a Santiago como una ciudad moderna y cuyo signo era el progreso, simplemente no había dónde alojar a los personajes. Quizás en el ámbito urbano es donde más se puede evidenciar la contradicción inherente a las festividades. Uno de los símbolos utilizados para demostrar el progreso y la modernidad fue la iluminación, que ya se había usado, incluso, para las primeras celebraciones del 18 de septiembre en años de la Patria Vieja. En esta ocasión, se trataba de la impactante iluminación eléctrica: “Santiago está cubierto en estos días de instalaciones eléctricas más o menos improvisadas...”. Estas instalaciones producían frecuentemente “...cortos circuitos (sic) y otros escándalos eléctricos, con los cuales se apaga la luz y se enciende lo que está más cerca, con notorio perjuicio para el cuerpo de bomberos”⁶. A pesar del peligro, no hay registro de que el problema haya sido solucionado, y parece poco probable que suspenderla haya sido siquiera una opción, aun cuando “En ella no hay un cóndor, una estrella, un rasgo que manifieste nuestra bandera y que justifique los enormes gastos que se han hecho por ese lado”⁷, ya que la iluminación se había pedido prestada del centenario argentino, y lógica-

mente, presentaba el “sol de mayo”, lo que en la época no era un detalle que pasara desapercibido.

Decisiones controversiales

Así como una ciudad moderna debía estar iluminada eléctricamente, no podía tener sus calles principales de tierra, aunque esto significara un gran problema, ya que “...el asfalto –el nuevo asfalto de las calles en homenaje al Centenario– se derrite al sol”⁸. Es preciso añadir que, por cierto, se asfaltó una parte menor de la ciudad. En ningún caso se pensó en asfaltar las calles por las que se accedía a los conventillos.

También hubo un afán por instalar arcos de triunfo. Dichos arcos produjeron más de alguna controversia: “¿Qué construcciones o maderámenes son esos palos entrecruzados que han puesto en las diversas partes de la ciudad? ¿Son portones de potreros, horcas o simples minaretes, para que desde ellos la gente vea mejor las fiestas del Centenario? ¿O serán arcos triunfales? ¿Qué son, pues, los tales alquitrazes (sic)? Me parece, señor cronista, que son solo una prueba lamentable de nuestra ignorancia, o mejor dicho, de nuestro grosero criterio artístico”⁹.

En el fondo, se trata de cómo surge desde ámbitos no precisamente planificados, la paradoja de la celebración del Centenario. Mientras para unos era la celebración de un éxito rotundo, para otros era una manifestación del absurdo de los cien años que habían pasado. Si las celebraciones de la elite santiaguina toman la forma de ópera, “garden party”, gala, “lunch”, torneos de esgrima,¹⁰ etc., el pueblo, al menos en provincia, celebra con los juegos tradicionales de chancho ensebado, salto del pequén, juego de gallos, carreras de carretillas humanas, desfiles de caballos de palo, etc.¹¹ Mientras unos se felicitaban por los logros conseguidos, otros hacían arengas para combatir la injusticia y aspirar a una vida más digna.

Quizás el Centenario fue una despedida del orden decimonónico oligárquico con que la nueva “nación” se organizó durante su primer siglo de vida independiente. En adelante, la contradicción evidenciada en estas fiestas no podría hacerse invisible, y habría que buscar un nuevo modo en que esta “comunidad imaginada” se comprendiera a sí misma. *rpc*

6. *El Mercurio de Santiago*, 10 de septiembre de 1910.

7. *El Ferrocarril*, Santiago, 15 septiembre 1910, Pág. 4

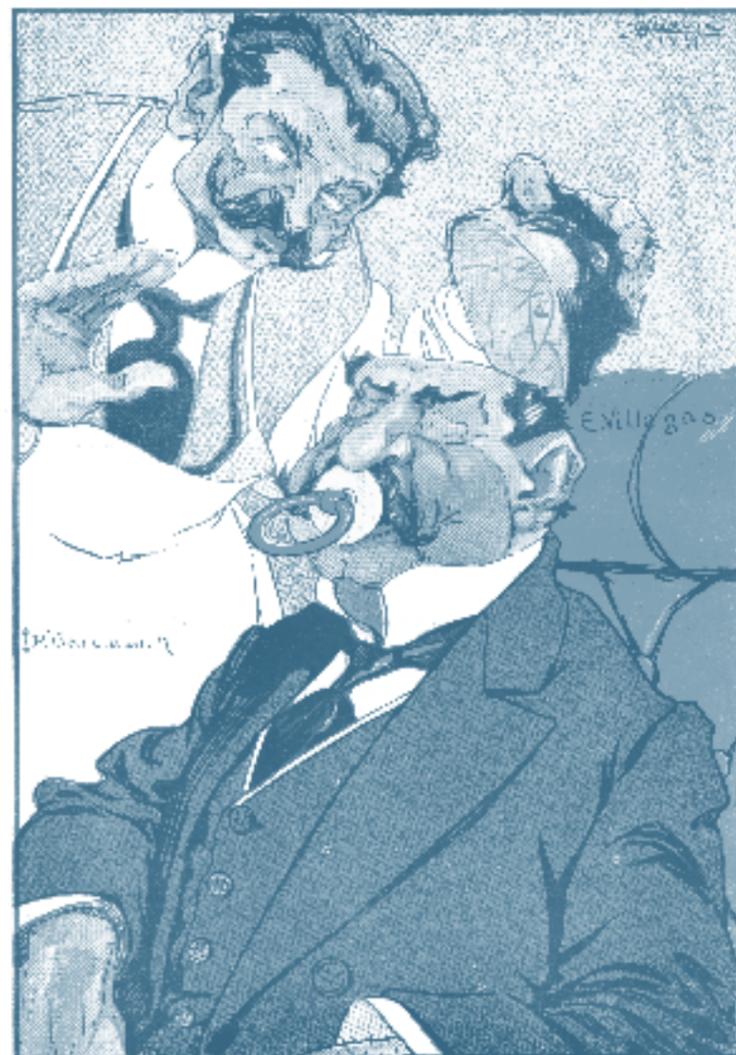
8. Morla Lynch, Carlos, *El año del Centenario*, Santiago, 1921, Pág. 205.

9. *El Ferrocarril*, Santiago, 15 septiembre 1910, Pág. 4

10. *Programa Oficial de las Fiestas Patrias en Santiago*: 18 de septiembre de 1910.

11. *El Sur*, Concepción, 12 de septiembre 1910, Pág. 7. La referencia es al programa de las fiestas en Tomé, Mulchén, Chiguayante y Cholchol.

UNA CONSULTA



Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro *Retrospectiva Visual del Centenario de Chile*, pronto a ser publicado.

Desaparecer las miserias

Ricos y pobres

El siguiente es un extracto del texto de un discurso pronunciado por Recabarren en la ciudad de Rengo, la noche del 3 de Septiembre de 1910 y que retrata de manera explícita, la posición del autor sobre la realidad de la sociedad chilena al cumplir 100 años de vida la República.

Por Luis Emilio Recabarren

...La última clase, como puede considerarse en la escala social a los gañanes, jornaleros, peones de los campos, carretoneros, etc., vive hoy como vivió en 1810. Si fuera posible reproducir ahora la vida y costumbres de esta clase de aquella época y compararla con la de hoy día, podríamos ver fácilmente que no existe ni un solo progreso social. En cuanto a su situación moral, podríamos afirmar que en los campos permanece estacionaria y que en las ciudades se ha desmoralizado más.

La última clase de la sociedad que constituye probablemente más de un tercio de la población del país, es decir, más de un millón de personas no ha adquirido ningún progreso evidente, en mi concepto digno de llamarse progreso. Se me dirá que el número de analfabetos es, en proporción, mucho menor que el de antes, pero con esta afirmación no se prueba nada que ponga en evidencia un progreso. Para esta última clase de la sociedad el saber leer y escribir no es sino un medio de comunicación que no le ha producido ningún bienestar social. El escasísimo ejercicio que de estos conocimientos hace esta parte del pueblo, le coloca en tal condición que casi es igual si nada supiese.

La pobreza, y la pobreza en grado excesivo, sobre todo, impide todo progreso. Hay gentes que no tienen un tiesto para lavarse. La vida del cuartel, generalmente, ha producido hábitos innobles y ha fomentado o despertado malas costumbres en personas buenas y sencillas. Yo creo que produce más desastres que beneficios.

El movimiento judicial y penitenciario del país nos prueba de una manera evidente el desastre moral de nuestra sociedad, durante los cien años que han transcurrido para la vida de la República. Debido al desarrollo intelectual natural del pueblo, éste ha llegado a convencerse de que la Justicia no existe o de que es parte integrante del sistema mercantil y opresor de la burguesía.

Hoy que se habla tanto de progresos y que se celebra como un gran acontecimiento el haber llegado a los cien años de vida libre, yo me pregunto ¿ha progresado en la República el sistema penal? ¿Ha disminuido el número de delincuentes? ¿Cuántas cárceles se han cerrado a impulsos de la educación? ¿Ha mejorado o progresado siquiera la condición moral del personal carcelario o judicial que podría influir en la regeneración de los reos? Ninguna respuesta satisfactoria podría obtener.

La sociedad debe, por el propio interés de su perfección, convencerse que el principal factor de la delincuencia existe en la miseria moral y en la miseria material. Hacer desaparecer estas dos miserias es la misión social de la Humanidad que piensa y que ama a sus semejantes. La vida del conventillo y de los suburbios no es menos degradada que la vida del presidio. El conventillo y los suburbios son la escuela primaria obligada del vicio y del crimen. Y si a los cien años de vida republicana, democrática y progresista como se le quiere llamar, existen estos antros de degeneración, ¿cómo se pretende asociar al pueblo a los regocijos del primer centenario?

Clase media: mayor descontento

La clase media que se recluta entre los obreros más preparados y los empleados, ¿habrá hecho progresos? ¡Recorramos su condición y convenzámolos! Esta clase es hoy mucho más numerosa que lo que lo era antes en proporción a cada época. Ha aumentado su número a expensas de los dos extremos sociales. A ella llegan los ricos que se empobrecen y que no pueden recuperar su condición y los que logran superarse en la última clase.

Esta clase ha ganado un poco en su aspecto social y es la que vive más esclavizada al qué dirán, a la vanidad y con fervientes aspiraciones a las grandezas superfluas y al brillo falso. Debido a estas circunstancias que le han servido de alimento, esta clase ha hecho progresos en sus comodidades y vestuario, ha mejorado sus hábitos sociales, pero a costa de mil sacrificios, en algunos casos; de hechos delictuosos en otros y poco delicados en la mayor parte de los casos.

Es en la clase media donde se encuentra el mayor número de los descontentos del actual orden de cosas y de donde salen los que luchan por una sociedad mejor que la presente. ...Nuestro pueblo posee una religión sin moral, y yo deduzco de aquí que la religión protegida por el Estado y la Sociedad con el fin de moralizar, no ha tenido la fuerza suficiente o la capacidad necesaria para moralizar y lo único que ha conseguido es hacer creyentes o fanáticos de una doctrina teórica, sin práctica moral.

La acción de los comerciantes, en general, es la acción de la inmoralidad. El progreso rápido del comercio, que es lo que busca el comerciante, está basado en la acción de la inmoralidad; en el engaño, en el fraude, en la falsificación, en el robo, en la explotación más desenfrenada del pobrerrío que es la clientela más numerosa del comerciante inescrupuloso de los barrios pobres.

...Para atenuar el hambre de su miseria en las horas tristes de la lucha por la vida y para detener un poco de feroz explotación capitalista, el proletariado funda sus sociedades y federaciones de Resistencia, sus mancomunales. Para ahuyentar las nubes de la amargura creó sus sociedades de recreo. Para impulsar su progreso moral, su capacidad intelectual, su educación, funda publicaciones, imprime folletos, crea escuelas, realiza conferencias educativas. Más, toda esta acción es obra propia del proletariado, impulsado por el espíritu de conservación, y es un progreso adquirido a expensas de sacrificios y privaciones.

¡Para este progreso no es tiempo aún de festejarle su centenario!

El desarrollo intelectual es una circunstancia natural de la especie humana. En general hay siempre progresos. Podrá encontrarse individuos que no progresen intelectualmente, pero con dificultad se encontrara una familia completa que no presente un caso de progreso. El progreso intelectual está limitado a las esferas en que se desarrolla y los beneficios marchan en relación.

Para las altas clases sociales el progreso intelectual es un medio para conquistar mayor bienestar, porque poseen el dinero. Para las bajas clases sociales ese mismo progreso no alcanza a producir bienestar, porque no tienen dinero.

El progreso intelectual, creo decirlo sin pasión, se ha desarrollado notablemente en la clase media, y podría ser esto un motivo de alegría, pero la finalidad social que se busca como fruto del progreso intelectual dista mucho aún y la labor del proletariado inteligente prosigue vigorosamente su marcha. Cuando llegue a la meta entonces sí que habrá motivos de alegrías comunes.

¿Dónde está mi patria y dónde mi libertad? ¿La habré tenido allá en mi infancia cuando en vez de ir a la escuela hube de entrar al taller a vender al capitalista insaciable mis escasas fuerzas de niño? ¿La tendré hoy cuando todo el producto de mi trabajo lo absorbe el capital sin que yo disfrute un átomo de mi producción?

Yo estimo que la patria es el hogar satisfecho y completo, y la libertad sólo existe cuando existe este hogar. La enorme muchedumbre que puebla campos y ciudades, ¿tiene acaso hogar? No tiene hogar. Y el que no tiene hogar no tiene libertad!

Nosotros, que desde hace tiempo ya estamos convencidos que nada tenemos que ver con esta fecha que se llama el aniversario de la independencia nacional, creemos necesario indicar al pueblo el verdadero

significado de esta fecha, que en nuestro concepto sólo tienen razón de conmemorarla los burgueses, porque ellos, sublevados en 1810 contra la corona de España, conquistaron esta patria para gozarla ellos y para aprovecharse de todas las ventajas que la independencia les proporcionaba; pero el pueblo, la clase trabajadora, que siempre ha vivido en la miseria, nada, pero absolutamente nada gana ni ha ganado con la independencia de este suelo de la dominación española.



¿Qué corresponde celebrar?

¿Qué cosa es lo que celebra el pueblo en este aniversario?

Lo que en realidad hace el pueblo en esta fecha, estimulado por la burguesía, es gastar su dinero en torrentes de licor que la misma clase burguesa le vende para guardar el dinero en sus cajas insaciables. La fecha gloriosa de la emancipación del pueblo no ha sonado aún. Las clases populares viven todavía esclavas, encadenadas en el orden económico, con la cadena del salario, que es su miseria; en el orden político, con la cadena del cohecho, del fraude y la intervención, que anula toda acción, toda expresión popular y en el orden social, con la cadena de su ignorancia y de sus vicios, que le anulan para ser consideradas útiles a la sociedad en que vivimos.

Un pueblo que vive así sometido a los caprichos de una sociedad injusta, inmoral y criminalmente organizada, ¿qué le corresponde celebrar en el 18 de septiembre? Nada. El pueblo debe ausentarse, debe negar su concurso a las fiestas con que sus verdugos y tiranos celebran la independencia de la clase burguesa, que en ningún caso es la independencia del pueblo: ni como individuo ni como colectividad.

...Yo no puedo asociarme a los entusiasmos de la llamada alta clase, porque mientras ella tiene motivo de alegría, yo no tengo sino motivos de tristeza!

Luis Emilio Recabarren.
Colección Biblioteca Nacional
de Chile. Disponible en
www.memoriachilena.cl, portal
de la cultura de Chile.

>> La última clase de la sociedad, aumentada enormemente por la ley ineludible del desarrollo de la población, no ha experimentado ni siquiera el más insignificante progreso económico. ¡Vive al día...! Vive con el fruto escaso de su trabajo diario. Su educación económica es hoy como cien años atrás. ¡Tan deficiente! que no le ayuda en nada a bien vivir. El salario que gana esta parte de la sociedad es tan pequeño que no alcanza a costear la conservación de sus fuerzas productivas.

La mortalidad infantil ha sido desesperante y si ha sido doloroso ver cegarse en flor tanto futuro productor, en cambio ha sido un consuelo, ha sido una atenuación a la enorme miseria que se hubiera desarrollado con la ida de tanta criatura tronchada por las epidemias, por el hambre y por los vicios. En los últimos veinticinco años ha muerto, no cabe duda, un porcentaje de niños muy superior a los setentacinco años anteriores juntos. Esto es debido al progreso de la situación antihigiénica de los barrios obreros, al progreso de la miseria, al progreso de los vicios.

Estos hechos que detallo, cuya evidencia nadie puede negar, ni atenuar, son la huella indestructible de la esclavitud que vive hasta hoy día, especialmente de la esclavitud moral y económica que narcotiza el movimiento regenerador de los pueblos. Estos hechos que viven hoy mejores que cien años atrás nos indican, nos dicen claramente, que esta parte del pueblo –la más numerosa desgraciadamente– nada tiene de qué regocijarse en el primer centenario de la República.

Progresos evidentes, pero...

El precio de la vida es hoy cuatro veces más caro que en 1870 y tres veces más caro que en 1890; luego, por esta misma razón el salario del peón, es hoy más bajo que antes. En regla general, la vida del proletariado, en su parte económica ha marchado regresivamente a medida que se deslizaban estos últimos cien años, paso a paso llevando progresos a la burguesía, paso a paso iban aumentando también las miserias del pueblo. Todos los artículos de más indispensable consumo han subido en el último cuarto de siglo más de un ciento por ciento. El precio de la vida ha subido en los últimos veinticinco años más del 100 por ciento, mientras el salario avaluado en peniques no ha llegado al cuarenta por ciento de aumento. La vida es entonces hoy más angustiada que antes.

Hay que tomar en cuenta también que en la clase media la situación es más precaria aún, pues, para esta clase, que ha progresado en cultura, esta misma circunstancia hace que tenga mayores compromisos, mayores gastos que sus rentas no alcanzan a soportar. Si al principiar su vida la República, la riqueza social producía cien unidades, y de

éstas, noventa unidades eran para la clase rica y diez para la clase pobre; hoy, cien años después podemos apreciar la riqueza social en mil unidades, debido al progreso natural de la producción; de estas mil unidades tendrán novecientas a los ricos y cien a los pobres. En el primer caso el rico estaría a noventa unidades de distancia del pobre. En el segundo caso está a novecientas unidades de distancia del pobre. Así la situación de la clase pobre es más miserable hoy que antes. En palabras claras, la renta de la clase industrial y comercial, según esos números, ha aumentado en cincuentiocho años siete veces la suma de su renta. El costo de vida de la clase rica habrá aumentado cuando más un treinta por ciento, lo que nos demuestra que su renta disponible para placeres, vicios, o nuevos negocios, ha subido hasta hoy a un cuatrocientos por ciento. Ya hemos probado que no se puede decir lo mismo, ni cosa parecida, de la clase obrera.

Hay progresos evidentes en el siglo transcurrido, ello no puede negarse. Pero esos progresos corresponden a la acción de toda la colectividad y en mayor proporción, si se quiere, a la clase proletaria que es el único agente de producción, de creación, de ejecución de las ideas y de los pensamientos. Pero esos progresos ostensibles, son precisamente la causa de la miseria proletaria. El progreso está construido, pues, con cuotas de la miseria. De todos los progresos de que el país se ha beneficiado, al proletariado no le ha correspondido sino contribuir a él pero para que lo gocen sus adversarios.

La mayor cuota que el pueblo aporta en estas festividades consiste en embriagarse al compás del canto y en embriagarse hasta el embrutecimiento que los conduce a todas las locuras. La cuarta parte de la población de Santiago vive en habitaciones insalubres e impropias para la vida humana. A esta conclusión, profundamente desconsoladora y grave, llegamos agregando al total de habitantes que figura en los 1.251 conventillos mencionados en el Anuario Estadístico de 1909, la población que se alberga en ranchos, cuartos redondos y conventillos no empadronados en este documento.

Podemos decir, pues, que hay en Santiago cien mil personas que viven en un ambiente deletéreo, en medio de miasmas ponzoñosas, respirando aires impuros y sufriendo la influencia y el contagio de infecciones y epidemias. Cien mil personas que viven en habitaciones como inmundas mazmorras, estrechas, oscuras, sin ventilación, en que el organismo se atrofia y degenera. Cien mil personas que viven en término medio, de a cuatro por pieza en veinticinco mil habitaciones, contándose a veces hasta ocho individuos en cada una. Cien mil personas que viven en el hacinamiento y la promiscuidad más repugnante. Cien mil personas para quienes la santa palabra hogar es una expresión vaga o sin sentido. rpe

Zapatero remendón. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.



Primeros años del siglo XX

Escaso incentivo a la producción cultural

El autor entrega datos concretos que reflejan la realidad cultural del país en los primeros años del siglo XX, cuando sólo un 50% de la población mayor de 15 años podía ser calificada como letrada.

Por L. A. L.

El pianista Claudio Arrau a los 7 años. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

Chile, en los años del Centenario, se caracteriza por un modelo económico de exportación de materias primas, centrado en la monoproducción salitrera, cuyo objetivo es el mercado externo. Una sociedad fragmentada que posee tres grupos sociales con capacidad de acción, éstos son la oligarquía, los sectores medios y los trabajadores, ya que los trabajadores rurales no cuentan como sujeto político.

Un sistema de partidos políticos, compuestos de “notables”, verdaderos caciques partidistas, que por su prestigio social y económico imponen las reglas del juego muchas veces a través del cohecho, frente a una escasa participación electoral. Un Parlamento omnipotente, donde el presidente no posee mayor capacidad de acción, dejando el control político en manos de las cúpulas partidarias. Por ello, el periodo puede ser caracterizado como una democracia oligárquica.

En este contexto, económico, social y político se manifiesta lo que J.J. Brunner denominará decenas de años más tarde, “constelación tradicional de las elites”¹, un modelo cultural caracterizado por la estrechez del campo cultural. A continuación algunos datos de la época:

- De la población mayor de 15 años, un 50% es letrada, es decir, quienes saben leer y escribir, pero entre éstos un número importante debe ser considerado en realidad como semiletrados, o sea leen y escriben con dificultad. Cabe mencionar que en su gran mayoría son hombres.
- Existe un predominio excesivo de las ciudades, “la ciudad es el receptáculo para conservar y transmitir mensajes”, pese a que la población rural es de aproximadamente un 55%.
- La estructura socio-ocupacional constituye una matriz, donde los empleos profesionales

o calificados constituyen cerca del 20% de la población económicamente activa. Santiago y Valparaíso concentran este tipo de empleos.

- La baja escolaridad, explica el índice reducido de la población alfabetada, una condición indispensable para formar parte del modelo tradicional de las elites, donde la cultura letrada representa los parámetros de la civilización.
- El sistema educativo manifiesta un marcado crecimiento pero ilimitado en sus efectos, en el año 1920 existen 3.148 escuelas primarias. La matrícula es alrededor de unos 340 mil alumno/as. Lo que significa que más de un tercio no tenía acceso al sistema educativo.
- Los establecimientos de enseñanza secundaria, públicos y privados eran alrededor de 83 en el año 1900.
- Sin embargo, un gran problema es la deserción escolar. “Galdames la estima en un 80% de los ingresados al primer año secundario al llegar al cuarto, un 90% en el quinto año y un 93% en el año final”².
- En el nivel superior de enseñanza, las universidades operaban con un nivel de selectividad muy alto, condicionado por la tenencia de capital económico, social y cultural.
- En cuanto a la matrícula, se concentraba en las dos universidades existentes, con un 90% para la Universidad de Chile y el restante 10 % en la Universidad Católica.

- Las carreras se dividían entre un 50% en Leyes, un 25% en Pedagogía y un 13% en Medicina.

Dadas estas características sociales, se entiende que el campo cultural fuera poco desarrollado y con una fuerte matriz que definía su composición

y funcionamiento como elitario y oligárquico. La falta de un público consumidor de cultura, condicionaba un escaso incentivo a la producción cultural, muchas veces vista sólo como un medio para el control del campo político, de hecho, el poco desarrollo del campo cultural lo lleva a relacionarse en situación de dependencia con lo político.

Es así que, en una primera etapa, lo patrimonial estaba supeditado en exclusividad a las políticas identitarias del Estado nacional, como lo evidencian una serie de estudios, “el patrimonio cultural ha estado íntimamente relacionado con el surgimiento y la consolidación de naciones durante los siglos XIX y XX, ya que junto a los proyectos territoriales, sociales, políticos y económicos se construyó también un proyecto cultural y de identidad necesario para su legitimación”³.

La política cultural del Estado nacional chileno, se caracteriza entonces porque, “para poder ejercer la soberanía y en el marco de la ideología ilustrada imperante, las elites y los nacientes estados se dieron a la tarea de construir una nación de ciudadanos, vale decir, una nación cuyos miembros debían estar unidos por una sola cultura y por un conjunto de creencias, valores y tradiciones compartidas”⁴.

Todo lo anterior se traduce en una política cultural que mezcla nacionalismo y racismo, “El orgullo nacional de tener vinculaciones estrechas con Europa, de sentirse, incluso, los representantes de Europa en América; el predominio en los grupos más intelectuales de la cultura francesa; la creencia en la relación raza blanca – progreso intelectual – progreso económico; el sentimiento triunfalista después de la Guerra del Pacífico, la pacificación de la Araucanía, etc., hacían de los chilenos una nación que exigía una unidad sociocultural, que por esos años se expresaba en el concepto de unidad y homogeneidad racial”⁵. rpe

1. J.J. Brunner
2. J. J. Brunner, 1985.
3. Pérez-Ruiz, 1998.
4. Subercaseux, B. 2002.
5. Orellana, 1996.

Aproximaciones desde la arquitectura

Mirar al pasado para entender el presente

Gran parte de los esfuerzos que emprendieron las autoridades de la época para celebrar el Centenario correspondió a grandes obras, a inmensos y emblemáticos edificios desproporcionados para aquellos tiempos y para una ciudad que tenía demasiadas y profundas diferencias entre sus habitantes.

Jorge Atria Lannefranque es Arquitecto.



Interior Museo Nacional de Bellas Artes. Fotografía de Jorge Atria L.

Los estados y los gobernantes de todos los tiempos han reparado en la importancia que reviste dejar testimonio de sus obras, recurriendo para ello a los intersticios de la memoria y han optado por dejar huellas y precedentes con el buen propósito de que las futuras generaciones de connacionales puedan valorar y apreciar los aciertos de aquel tiempo anterior.

En este sentido, la arquitectura constituye tal vez el más excepcional producto cultural, por su infinita capacidad de alojar y contener de una manera rotunda la memoria de un tiempo anterior y porque puede traspasar las fronteras del tiempo, dejar constancia y dar razón de una realidad superada por los nuevos acontecimientos que se han ido acumulando indefectiblemente sobre sus cansados muros.

Una obra construida es expresión cabal de un determinado pasado que permanece indeleble en cada espacio, material y en cada forma de lo edificado. Penetrar en su comprensión y en su conocimiento permite acceder al pasado respecto del cual da cuenta tal o cual obra y, desde ahí, sólo hay un paso para entender el pulso de la sociedad que construyó esa arquitectura y su modo de ver y entender el mundo en aquel determinado momento de la historia en que la obra se hizo realidad.

Mirar con ojos asombrados y generosos el verdadero acontecimiento nacional que representó el primer Centenario de la Repúbli-

Por Jorge Atria Lannefranque

ca es una feliz oportunidad que efectivamente podemos ejercer hoy para entender la vida, los sentimientos, las carencias y los sueños que corrían por la sangre de nuestros compatriotas de esos años, tal como probablemente podrán hacerlo respecto de nuestra realidad presente aquellos a quienes corresponda vivir en un siglo más adelante.

Por eso es sumamente importante y decisivo lo que hoy se determine dejar en herencia a las generaciones que nos sucedan, el sentimiento de eternidad que pongamos en hacerlo, las verdades, los problemas y los anhelos reales que inevitablemente quedarán impresos, lo que nos preocupa y lo que soñamos como una nación que a estas alturas carga una buena cantidad de años e historias dignas de ser contadas y recordadas.

Como sabemos, la arquitectura integra en su formulación los distintos componentes del medio en que se desarrolla, lo que obliga a considerar algunos hechos propios de la época que sin duda inciden en el campo propio de su quehacer como disciplina.

Conviene recordar que Chile vive en tiempos del Centenario cambios especialmente profundos en lo político, en lo económico, en lo social y en lo cultural.

Es muy probable que el acontecimiento del Centenario haya tenido más de alguna responsabilidad en hacer aparecer a nuestro

país con una imagen más acicalada de lo que en realidad correspondería, puesto que en rigor el país se constituía en esos tiempos como una nación que se encontraba en una situación de profundas transformaciones, intentando zafarse afanosamente de un pasado que no le permitía superar abiertamente su condición colonial y enfrentándose por otro lado, a las exigencias que le demandaba y le imponía su legítima aspiración a constituirse y consolidarse como una nación moderna.

Uno de los aspectos que resulta más incidental a la hora de explicar la dirección que adopta la arquitectura de aquel periodo nacional, podría ser entendida a partir de constatar las profundas diferencias que caracteriza a la sociedad de la época y la decidida admiración que la elite, en especial la santiaguina, profesa hacia las distintas manifestaciones artísticas y culturales que provienen especialmente de Europa y que deja obnubilados a nuestros compatriotas de la aristocracia local.

Desproporción y contraste

La desproporción y el contraste constituyen algunos de los signos más elocuentes y representativos de aquella época y reflejan de manera evidente el sin sentido que invade buena parte de los distintos ámbitos en que se desenvuelve la vida en tiempos del Centenario.

Si uno mira edificios como la Biblioteca Nacional, el Museo de Bellas Artes, la Estación Mapocho, u otros que se levantaron en esa época, destinados a una ciudad como Santiago, que por entonces bordeaba los 400 mil habitantes, no puede dejar de pensar en aquella otra ciudad que se extendía hacia la periferia a partir sólo unas cuantas cuadras desde el centro y la Alameda de Las Delicias, la que definitivamente se presentaba como un submundo paralelo, muy distinto por lo postergado y lo miserable, a pesar de la cercanía que mediaba entre ambos.

Gran parte de los esfuerzos que emprendieron las autoridades de la época para celebrar el Centenario correspondió a grandes obras, a inmensos y emblemáticos edificios despro-

porcionados para aquellos tiempos y para una ciudad que tenía demasiadas y profundas diferencias entre sus habitantes. Es cierto que también se logra una serie no menor de adelantos y mejoras, las que sin duda permite a sus asombrados habitantes soñar con un futuro mejor y una mejor calidad de vida.

Es así, como entre otros progresos, se incorporan y se extienden poco a poco las instalaciones de alcantarillado y el alumbrado público a diversos sectores de una ciudad que desde aquellos tiempos ya evidenciaba problemas serios por su tendencia a extenderse más allá de lo conveniente y lo aconsejable.

Como se ha manifestado anteriormente, la arquitectura que se levanta en el Santiago del Centenario pone en evidencia y privilegia el gusto afrancesado de las clases dominantes de aquella época, algo similar a lo que ocurre en otras expresiones como en la literatura, en la música y en la pintura.

Grandes edificaciones, no muchas, que favorecieron y se concentraron principalmente en Santiago, un discurso y un lenguaje arquitectónico que pone de manifiesto el gusto de la oligarquía chilena por las tendencias europeizantes, un momento cultural que se debate entre el descubrimiento de lo propio frente al asombro y la admiración por lo exógeno, el conflicto real que a nivel de la comunidad local contraponen una expresión popular a una culta, el difícil traspaso de una sociedad con pocas armas para desentenderse del pasado y el advenimiento de una modernidad que no alcanza para todos y las profundas e inaceptables diferencias entre ricos y pobres, constituyen parte del paisaje de la época centenaria.

También forman parte de aquel complejo y contradictorio panorama, los primeros albores del movimiento vanguardista que encabezan intelectuales y poetas locales, en medio de un panorama cruzado por serios conflictos políticos y sociales, todo lo cual marca, entre otros muchos aspectos, el ambiente y el pulso que predominó en nuestro país durante el tiempo en que se celebró nuestro primer centenario patrio. *tpc*

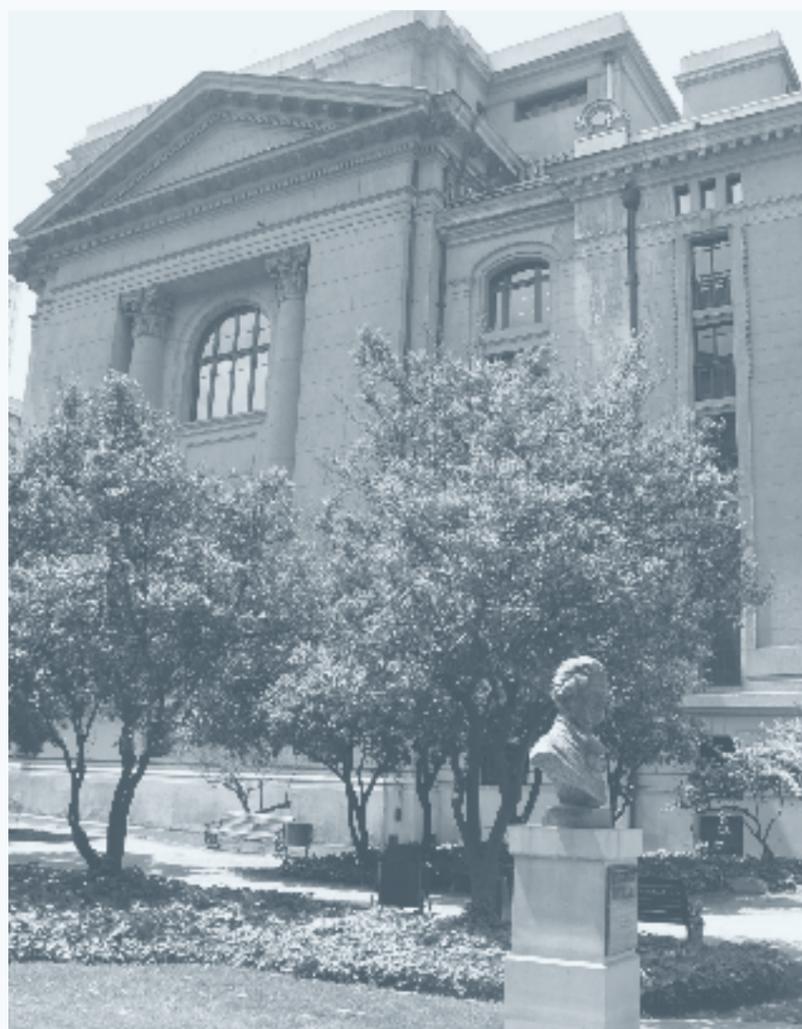


Foto superior: Exterior Biblioteca Nacional. Foto inferior: Palacio de los Tribunales. Fotografías de Jorge Atria L.



Teatro Santiago. Nuevos artistas de la compañía Montero. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

El divertido arribo del cinematógrafo

Referirse a un prolífico y genial hombre de letras de Chile es hablar de Daniel de la Vega (1892-1971), el único de los intelectuales del país ganador de tres Premios Nacionales: Literatura, en 1953, Periodismo, en 1962, y el Nacional de Artes, mención Teatro, al año siguiente. De la Vega fue un agudo observador de la vida nacional a través de sus crónicas publicadas en medios de prensa y agrupadas más tarde en los cuatro volúmenes de "Confesiones imperdonables" (Zig-Zag, 1962-1967). Desde esas páginas, realiza una singular descripción de la llegada del cinematógrafo al país, la que presentamos a continuación.

Por Víctor Mandujano Acuña (compilador)

Víctor Mandujano Acuña
es Periodista.

Los primeros cines

En septiembre de 1905 comenzó a funcionar el biógrafo Kinora. Estaba instalado en un pequeño local de la calle Huérfanos, entre la salida del Pasaje Matte y la calle Estado. Allí habían distribuido un centenar de sillas y colocado al fondo una sábana para proyectar las dos películas brevísimas que constituían todo el programa. La entrada costaba cuarenta centavos. Era un alto precio, pero el primer cinematógrafo era una novedad extraordinaria y había que pagarla.

Una de las películas presentaba la bendición de S.S. León XIII, y la otra eran los magníficos funerales de la reina Victoria (2 de febrero de 1901). Las películas estaban tan viejas y tan ralladas, que los espectadores creían que las escenas se desarrollaban bajo la lluvia. Las rayas se veían como una lluvia permanente.

Después de cuarenta años los diarios publicaron en la sección de las noticias cablegráficas, una breve información que decía que en un hotel de Holanda se abrió una vieja maleta que dejó un viajero en los primeros años del siglo XX. La maleta contenía unas películas que fueron consideradas como la iniciación del cine: decía el cablegrama que una presentaba un gran desfile en Londres, y la otra una escena del Papa. Eran las mismas películas que yo vi en 1905 en el biógrafo Kinora.

... En todas partes, las primeras exhibiciones cinematográficas tuvieron detalles interesantes. En 1908 llegó el cine a Quilpué. Los vecinos estaban muy impresionados. Sentían que con el cine el pueblo se había convertido en ciudad. Con modestia y sinsabores, el primer cinematógrafo se instaló en una barraca de frutos del país que había en la calle Carrera. La barraca era nueva, y con un poco de aseo y de pintura quedó bien. Se arrendaron muchas sillas, se colocó la pantalla, y una noche de sábado empezó a sonar una campanilla y se encendieron algunas luces en la calle. Entonces en Quilpué no había luz eléctrica, y para instalar el cinematógrafo se llevó un motor y un dínamo. Así, esa campanilla y esas ampollitas eran sensacionales. A las ocho y media, ya todos los vecinos se hallaban reunidos en la barraca. Calló la campanilla, se apagaron las luces, se proyectó el cuadrado blanco y aparecieron las primeras escenas de una película de aventuras espantosas. La mayoría de la gente del pueblo aún no había visto cine, y se maravilló ante esos árboles agitados por el viento, unas vacas pastando en un prado y unos hombres que caminaban con demasiada rapidez. El público no entendía bien la intriga, pero no le importaba. Y llegó una escena que emocionó a todos los espectadores. La dama estaba atada en los rieles y un tren se acercaba en la lejanía. Todo el público contuvo la respiración. Pero en el instante en que el tren iba a despedazar a la dama, llegaba el galán y la salvaba. Entonces todo quedó a oscuras.

El público permaneció muy tranquilo, en la creencia de que esa oscuridad era una parte tenebrosa de la función. Pero el empresario tenía los pelos de puntas. Se había descompuesto el motor y nadie sabía arreglarlo. Se mandó a llamar a un herrero, pero el pobre hombre se asustó mucho al ver el motor. El tesorero municipal y el oficial del Registro Civil giraban en torno al motor, con la esperanza de encontrar un tornillo, una rueda, un alambre, que les dieran la clave de la descompostura. El empresario estaba refugiado en la boletería, con el dinero en el bolsillo, esperando que el tesorero arreglara el motor.

Pero el público, que llevaba más de una hora encerrado en la oscuridad más completa, ya se había acostumbrado a ver en la sombra y estaba sospechando que todo ese inmenso acto sin luz no pertenecía a la función. Entonces sonó un silbido. Después de unas palmadas, algunas protestas. Y el empresario huyó despavorido, apretando el bolsillo en donde llevaba el dinero.

El sábado siguiente ya se encontraba el motor arreglado por un electricista que fue de Valparaíso. Se repartieron unos programas y se colocó un gran cartel en la estación, y a las ocho y media en punto estaba todo el pueblo encerrado en la barraca. Calló la campanilla, se apagaron las luces y comenzó la misma película de aventuras espeluznantes. Algunos espectadores se entusiasmaron anunciando las escenas:

-¡Ahora van a salir los árboles!

Y al aparecer los árboles, se envanecían por sus conocimientos.

Después anunciaban:

-¡Ahora vienen las vacas!

Otros espectadores se molestaban porque ellos también habían visto la película y no querían anunciadores. Pero los anunciadores continuaban. Sentían la alegría de ir adelante. Poseían temperamento de profetas. Profetizaban:

-Ahora van a amarrar a la señora.

...Pero nadie avisó que la barraca iba a volver a quedar a oscuras... Y como el otro sábado, el oficial del Registro Civil dio muchas vueltas alrededor del motor. El tesorero no estaba, porque en la primera función el público lo había culpado del fracaso y habían pretendido matarlo.

Después de media hora de oscuridad, comenzaron los silbidos. Entonces el empresario subió a una silla, y, a la luz de una vela, habló a la concurrencia. Dijo que todos los inventos, en los primeros tiempos, costaban muchos fracasos. Recordó a Colón, a Marconi y a un señor Benítez de Peña Blanca, que se arruinó tratando de fabricar unos candados con clave. Después de unos aciertos oratorios que hicieron palidecer al alcalde, anunció, trémulo, que devolvería el dinero. Arrancó aplausos.

En seguida se colocó en la puerta y empezó a devolver el valor de las entradas. Sacaba cuentas, sonreía y convidaba a cada espectador a que volviese el sábado próximo. No se supo cómo hizo la devolución, pero cuando todo el público ya estaba en la calle, él tenía aún la mitad del dinero en el bolsillo.

El público se acostumbró a ir una vez por semana al barracón a ver el mismo trozo de película. Cuando ya la dama estaba atada en los rieles, y antes que asomara el tren, la concurrencia comenzaba a ponerse de pie y a abandonar la barraca. Algunas semanas después se compró un motor nuevo, se hizo una ostentosa propaganda y se pudo presentar la película entera. No gustó. Fue un fracaso. Algunos espectadores decían que el final era muy enredado, que no lo entendían y que ellos no estaban acostumbrados a ver los paisajes nuevos; les parecían

aspectos que no pertenecían a la misma película. Otros aseguraban que era excesivamente larga, y que ellos ya se habían habituado a la ración de media película. Y no faltó alguien que opinó que sería preferible volver a traer el motor viejo.

... Pero el tiempo pasa y la vida es cambio. Aunque parece inverosímil, se acostumbraron a ver las películas enteras. Desgraciadamente, el motor de nuevo se echó a perder, y el público, al quedar a oscuras, protestó enfurecido, rompió unas sillas y armó tal alboroto que tuvo que intervenir la policía. El empresario, al ver que retornaban sus antiguas desventuras, abandonó la empresa. Se recogió la sábana, se devolvieron las sillas y a la barraca volvieron los sacos de carbón de espino, los fardos de pasto aprensado, la leña. Pero durante mucho tiempo, sobre el marco de la puerta, quedó un pedazo de cartel que decía: "Hoy. Gran Función. Hoy". rpe

Afiche publicitario de cápsulas de Nervalina. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.



De canciones y centenarios

Para bailar: un tango

Para el autor, en el pasado, más que canciones creadas especialmente para fechas como la del centenario, encontramos temas que, por coincidencia o no, se popularizaron en ese determinado momento.

Por Juan Pablo González Rodríguez

La presencia de canciones alusivas a nuestras celebraciones republicanas ha sido constante a lo largo de estos doscientos años, aunque en el Bicentenario aparece, por primera vez, la iniciativa de contar una canción oficial para esta conmemoración. En el pasado, también nos encontramos con canciones de distinta motivación y naturaleza que sencillamente se popularizaron en el momento en que celebrábamos el Centenario y el Sesquicentenario. Si fue coincidencia o no con lo que vivíamos los chilenos, es una pregunta que este ensayo deja abierta.

Hablar de las canciones del Centenario es, en gran medida, hablar de la música en el salón, donde se mantenía la intensa actividad artística y social lograda en el siglo anterior, con el piano como instrumento rey. El salón era presidido por el piano, que ocupaba la misma condición de mueble burgués que había adquirido en Europa a mediados del siglo XIX. En su novela *Hogar Chileno*, de 1910, Senén

Palacios, nos describe el momento cúlmine de la velada del salón:

“El doctor Pino condujo del brazo a Clorinda, la señora del diputado, para que tocara el piano; la que, después de sacarse con mucho despacio sus largos guantes blancos, i buscar en el álbum de música la pieza deseada, en medio del silencio jeneral que se hizo dio comienzo a 'Rapsodia Húngara', tocada con toda la virtuosidad de su carácter nervioso i temperamento romántico, llena de contorsiones artísticas, de éxtasis místicos i aspavientos clásicos.”

En los salones del Centenario se tocaba música de cámara, se cantaban arias de óperas y se practicaban bailes decimonónicos, como las cuadrillas, el vals, la mazurka y la polka. Estos bailes también alimentaban el repertorio de estudiantinas, bandas, y cantoras campesinas con arpa y guitarra, las que practicaban desde hacía más de un siglo un folklore derivado primero del salón aristocrático y luego del salón burgués.

Tonada y folklore

En salones y casas de canto, que eran el equivalente popular del salón, se entonarán muchas de las canciones que marcaron el Centenario de la República. Este es el caso de *El copihue rojo* (1906), canción de inspiración mapuche sobre décimas de Ignacio Verdugo Cavada, con música de Arturo Arancibia, donde el copihue sirve de metáfora para evocar el dolor y la desolación de un pueblo derrotado. También se cantaba *El martirio*, la más antigua de las tonadas del folklore en nuestro acervo discográfico, grabada hacia 1910 en Santiago por Mundial Records, en una versión para tenor y piano. Finalmente, se bailaba un tango, llamado justamente *Emancipación*, del argentino Alfredo Bevilacqua, escrito en homenaje al Centenario de la independencia de Chile con motivo de la visita a Argentina del vicepresidente chileno Emiliano Figueroa, para las celebraciones del Centenario del país vecino.

Juan Pablo González Rodríguez es Musicólogo Pontificia Universidad Católica de Chile.

Conjunto musical. Colección Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional.





Conjunto musical. Colección Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional.

El advenimiento de los aparatos reproductores de música y los cambios en la sociabilidad urbana producidos a partir de los “locos años veinte”, llevó al salón a un inevitable final como espacio primordial de socialización y práctica musical doméstica. Primero fue el auto-piano el que restringió la capacidad de hacer música en casa, pues con un mecanismo adaptado a un piano vertical, una pianista como Rosita Renard, por ejemplo, podía ser escuchada en cualquier hogar chileno convenientemente equipado. Luego será el fonógrafo de cilindros y la Victrola de discos, con los que llegarán más músicos profesionales al hogar, en especial los directores y las grandes orquestas, que de otro modo no podían ser escuchados en casa.

Con estos avances tecnológicos y con los que estaban por venir, pasamos de auditores activos a auditores pasivos, condición que hemos sostenido hasta el día de hoy mientras mantenemos la práctica doméstica de la música restringida al guitarreo adolescente en la habitación. En todo caso, fue del guitarreo del Sesquicentenario de donde surgieron las bandas chilenas de rock y los conjuntos de nueva canción.

La década del Sesquicentenario fue prodigiosa para la música popular chilena, pues convivieron todas nuestras expresiones de raíz: música típica, proyección folklórica, neofolklore y nueva canción, junto a las primeras manifestaciones de la fusión. Asimismo, vivimos el paso del rock and roll al rock,

cantando en inglés y en español; la balada romántica alcanzó el sitial preponderante que mantiene hasta hoy, apoyada por los festivales de la canción y la televisión; y se construyeron lazos entre la música docta y popular, con la aparición de las cantatas y el trabajo de compositores junto a grupos populares. Finalmente, fue también en los años sesenta cuando Violeta Parra vivió la culminación de su carrera, creando el conjunto de canciones de mayor trascendencia que ha producido la música chilena.

El Sesquicentenario

Durante su estada en Concepción a fines de los años cincuenta, Violeta Parra había comenzado a escribir canciones de contenido social, destacándose su tonada-manifiesto *Yo canto la diferencia*, escrita con motivo del Sesquicentenario de nuestra Independencia. Dice la octava estrofa:

Por eso, su Señoría, / dice el sabio Salomón, / hay descontento en el cielo, / en Chuqui y en Concepción. / Ya no florece el copihue / y no canta el picaflor. / Centenario de dolor.

Esta es una larga canción de trece estrofas sin estribillo, que suma recursos de la tonada y del canto a lo poeta, en una temprana muestra de su fructífera tendencia a la mezcla. Con *Yo canto la diferencia*, Violeta Parra reaparece en el octavo volumen de *El folklore de Chile* (Odeon, 1960) pero ahora con un disco dedicado a sus propias composiciones. El folklore es ella.

En el momento en que los chilenos conocían la queja y el manifiesto de Violeta, el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica estrenaba *La Pérgola de las Flores* de Isidora Aguirre y Francisco Flores del Campo, llenando un largo vacío en materia de comedias musicales, con ciertos elementos, también, de crítica social. A *La Pérgola* se suman dos canciones de muy distinta naturaleza que marcarán masivamente el año del Sesquicentenario: *La novia*, de Joaquín Prieto, estrenada en Chile en 1960 por Antonio Prieto, quien la incorporó a su repertorio grabándola en México y produciendo su enorme impacto en Argentina; y *Baby I Don't Care - Nena, no me importa-*, el primer single RCA de Peter Rock, basado en un rock and roll grabado por Elvis Presley tres años antes en su película *Jailhouse Rock* y que daba inicio a la nueva ola.

En el Bicentenario se seguirán entonando en Chile una gran cantidad de canciones que, si bien estarán acorde con los altos índices históricos de producción y consumo musical en el país, resultarán especialmente diversas en estos tiempos de globalización. Sin embargo, tal diversidad ha sido amalgamada por lo global, que necesita del manto conciliador del pop para unir cuanta música pase por delante. Incluido el folklore.

En efecto, después de cooptar el rock en los años ochenta y el jazz en los noventa, al pop le faltaba apoderarse del folklore, apropiación que marca el comienzo del nuevo siglo y de nuestro Bicentenario. De este modo, la canción seleccionada por la Comisión Bicentenario como canción oficial de las celebraciones de los doscientos años de independencia, *Fuerza de la libertad* de Juan Carlos Duque, es, ni más ni menos, una canción pop con “algo medio altiplánico”, como la define su autor.

La falta de autenticidad del pop ha sido algo muy discutido en relación al rock y al jazz, géneros que aparentemente sucumbieron al manto conciliador del pop. La artificialidad de aquello *medio altiplánico* en *Fuerza de la libertad*, se manifiesta de varias maneras, una de ellas es el hecho de que los cuatro instrumentos andinos incluidos en la canción, los toca y graba una misma persona. No hay un conjunto andino, sino que una imitación del sonido resultante, lo que está muy bien hecho, por cierto. Esta es una de las características del pop: su buen diseño o, más aún, lo modélico de su factura para el resto de los géneros musicales. Incluido el folklore.

¿Será posible celebrar nuestro primer Bicentenario a ritmo del pop? Total, ya lo hicimos a ritmo de tango en el Centenario. Por suerte nos queda la cueca, con la que venimos celebrando cotidianamente nuestra Independencia y la que ha sabido mantenerse, hasta ahora, incólume a los interesados guiños del pop. *rpc*



Valparaíso, 1900. Fotografía de Harry Olds, colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico Nacional.

Epistolario indiscreto:

Los turbulentos 206 días de Harry Olds en Chile

Por V. M. A.

Hace una década, la Fundación Antorchas de Buenos Aires comunicó a su par chilena, la Fundación Andes, la existencia de 40 placas fotográficas de Valparaíso tomadas por el fotógrafo Harry Olds. A raíz de esa información, el periodista chileno José Luis Granese realizó una investigación que dio a conocer no sólo el apreciado material visual, sino que también el epistolario del fotógrafo con su familia en Estados Unidos, durante su corta estada en nuestro país.

Las poquísimas noticias en torno al fugaz paso de Harry Grant Olds por Chile, comenta Granese, sólo están reseñadas en la lista de pasajeros del vapor Orcana, que el 20 de agosto de 1899 lo trajo a Valparaíso desde Montevideo (vía Estrecho de Magallanes), y en la de la empresa de carruajes Transportes Unidos, que lo llevó de regreso a Buenos Aires el 14 de marzo de 1900, capital donde vivió hasta su muerte en 1943, sin poder cumplir el sueño de retornar a su país natal.

Al dejar Chile, Harry Olds se llevó consigo las 40 placas de vidrio de 20 por 25 cm. con vistas de Valparaíso, tal vez con el fin de elaborar tarjetas postales, un formato muy en boga en la época.

Estas placas, junto a sus cartas, fueron halladas al interior de un baúl con correspondencia, recuerdos, negativos, ropa y fotografías, donado en 1980 por la esposa de J. Harry Craig a un Centro de Investigación Fotográfica de Estados Unidos. Ella lo había recibido en 1940, enviado por Olds y su señora como un anticipo de su regreso a Estados Unidos. Sin embargo, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la muerte de Olds en 1943, abortaron para siempre el retorno. Un extracto de la correspondencia encontrada es lo que reproducimos a continuación.

Valparaíso, 1 de septiembre de 1899
(Carta a su padre)

“En el camino vimos caravanas y mulas cargadas con leña y productos que van a Valparaíso. El mal trato a los caballos y a las mulas es lo más cruel que jamás he visto”.

Valparaíso, 25 de septiembre de 1899
(Carta a su padre)

“Los chilenos han estado celebrando su día nacional. El Dieciocho de septiembre, que dura cuatro días y que conmemora su independencia. Tienen muchos feriados pero éste es el más importante de todos”.

“Al otro día visité el Parque Cousiño, este parque es inmensamente grande a las afueras de la ciudad con un lugar para las paradas militares... La gente del campo que vive hasta unos 160 kilómetros de aquí, vienen hasta acá a pasar vacaciones y es la época del año más bonita de ellos. Traen a toda la familia, cocinan, comen y duermen afuera todo el tiempo... Todos bailan la cueca desde la mañana hasta la noche y beben chicha, la bebida típica. Caminé a lo largo de todo el campo varias veces y vi ebrios como nunca antes, un terrible olor a comida y la inmundicia más grande”.

“También conocí la Quinta Normal, el parque de agricultura. Allí vi la primera locomotora traída a Chile, está abandonada y se está arruinando porque no tienen respeto por las antigüedades aquí. Fue construida en Filadelfia en 1850 y le corté un pedazo de madera del ténder como recuerdo”.

El fotógrafo norteamericano se inició a los 16 años como aprendiz en la galería “Bishop Art” de Ohio. En 1899 llegó a Chile para trabajar junto a su colega Obder Heffer. No alcanzó a cumplir un año en el país. “Huyó” decepcionado a Buenos Aires, sin regresar nunca a Estados Unidos.

Valparaíso, 17 de octubre de 1899
(Carta a su hermano)

“En cuanto a la gente que hallas aquí: la clase más baja son los indios que vienen de los campos de los alrededores. Usan grandes sombreros de paja en variados colores, un gran poncho y un pedazo de cuero pegado a sus pies y parecen malas personas, pero sin dudas son inofensivos cuando están sobrios. Luego viene la mezcla de indio y español que constituye la clase trabajadora. Viven en las peores casuchas, sucias y miserables, todo su dinero lo gastan en alcohol. Hay muchos lugares donde en una calle entera encuentras sólo cantinas y bares. Apenas una habitación vacía o un sótano con unas pocas repisas llenas de botellas del licor más malo y una mesa con unas cuantas sillas.

Después tenemos a la clase acomodada de los chilenos que son una mezcla de español y otras sangres extranjeras. Tienen negocios o son banqueros, etc. En gran medida se parecen a los franceses y se visten casi iguales”.

Valparaíso, 26 de octubre de 1899

(Carta a su tía)

“Después de caminar tomé otra ruta que llevaba de vuelta a la costa y allí me topé con un funeral típico. Eran probablemente una docena de hombres, si se les puede llamar así, que constituían la procesión. Un amigo que iba conmigo me dijo que probablemente habían estado bebiendo toda la noche anterior y no era difícil adivinar por sus apariencias. Venían bajando por el camino, cuatro de ellos llevaban el ataúd en sus hombros e iban dando tumbos. Cuando se cansan bajan el ataúd al suelo y juegan cartas encima de él. Toman un poco más y luego siguen hacia el cementerio si son capaces de caminar. Cuando llegan tiran el cadáver en una fosa en el suelo y luego devuelven el ataúd que fue arrendado para la ocasión, claro que éste es un funeral de gente más pobre...”.

“Según las estadísticas, las cifras de muertes en Valparaíso son las segundas más altas del mundo en proporción a la población, la mayoría de fiebre tifoidea debido a las imperfectas condiciones de sanidad y desajustes de la ciudad...”.

Valparaíso, 6 de diciembre de 1899

(Carta a su padre)

“Tienen una rara costumbre aquí de traer bebés muertos al estudio para fotografiarlos. Tuve que tomar una foto de uno el otro día. Se da más entre las clases pobres y los cargan en sus brazos, bajo sus mantos, por las calles”.

Valparaíso 7 de diciembre de 1899

(Carta a su hermano)

“La gente en Chile no tiene dinero actualmente y esto explica los malos tiempos que se viven”.

Valparaíso, 25 de diciembre de 1899

(Carta a su hermano)

“Tendré que ir a Santiago mientras esté aquí y hacerme cargo del negocio allá... He llegado a la conclusión en estas circunstancias de que lo mejor que puedo hacer es cortar definitivamente todos los lazos con estos canallas aquí y seguir mi propio camino”.

Valparaíso 23 de enero de 1900

(Carta a su hermano)

“Este país es rico en todo tipo de minerales, pero el capital extranjero no invertirá, ya que no se les puede garantizar seguridad en ningún caso. Pueden producir cualquier cosa que crezca en California, pero no cultivan estos productos porque son muy flojos. Todo lo que el chileno medio quiere es comer y dejar que el mañana se encargue de todo”.



Imágenes de calles, bares y casas porteñas fotografiadas por Harry Olds, en el Valparaíso de 1900. Colección Archivo Fotográfico, Museo Histórico Nacional.

Valparaíso, 6 de febrero de 1900

(Carta a su padre)

“Acabo de llegar de Santiago donde he estado los últimos diez días...”.

“Las calles son bien iluminadas con gas. Tienen luz eléctrica, pero no la usan mucho. Están rompiendo las calles para poner las líneas de un tranvía eléctrico, una firma alemana tiene el contrato”.

“La gente rica no se levanta hasta las 11 o 12 de la mañana y salen a eso de las 4 de la tarde. La banda da conciertos en la Plaza de Armas cada tarde y decenas de gente muy bien vestida pasea durante horas, el objetivo es lucir la ropa. Se visten muy bien y les copian a los franceses en eso”.

“Los chilenos más pobres son casi igual de sucios que otras gentes en la faz de la tierra. No conocen nada acerca de condiciones sanitarias. He visitado sus casas por curiosidad y sé cómo viven. Prefieren tenderse en la suciedad que dormir en una cama y he visto cuando lavan sus ollas y cubiertos en el agua de las acequias. Sus casas están construidas cerca de un gran y angosto patio y todas las comidas de más de una docena de familias se hacen en este patio. No tienen cocinas, solamente un brasero redondo lleno de carbón con una tetera que cuelga. Todas las mujeres viejas fuman cigarrillos sin importarles los niños de cuatro años o menores”.

Santiago, 6 de febrero de 1900

(Carta a su madre)

“La mayoría de las familias acomodadas salen de Santiago durante los meses de verano y van a los baños o a las playas. Es casi el único tiempo en que se dan un baño. Contratan a muchos sirvientes y no hacen el menor intento por trabajar ellos mismos...”.

La obra de José Luis Granese sobre Harry Olds, con iconografía rescatada, está disponible en la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional.





Imagen de un grupo de damas en la calle Alameda, a la altura de calle Bandera. Colección Biblioteca Nacional de Chile. Disponible en www.memoriachilena.cl, portal de la cultura de Chile.

Santiago en 1910

París en América

El autor entrega una serie de notas a propósito del primer centenario, que van dando cuenta como la ciudad de Santiago se fue transformando de ser “para el recién llegado extranjero una apartada y triste población” a una urbe poseedora de un paseo como la Alameda de las Delicias, “paseo que, sin rubor, puede envidiarnos para sí, la más pintada ciudad de la culta Europa.”

Por René Martínez Lemoine

René Martínez Lemoine
Centro de Estudios del Patrimonio, Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Paisaje, Universidad Central de Chile.

1. Mumford, Lewis: “La cultura de las ciudades”, pág. 12. Emecé Editores, B.Aires, s/f.

2. Castedo, Leopoldo: “Resumen de la Historia de Chile”, pág. 498. Zig-Zag, 1954.

3. Pérez Rosales, Vicente: “Recuerdos del Pasado”, pág. 1. Imprenta Gutenberg, 1888.

4. Zapiola, José: “Recuerdos de treinta años”, págs. 62-65. Zig-Zag, 1945.

5. Pérez Rosales, Vicente: Op. cit. pág. 3.

6. Blancpain, J. Pierre: “Francia y los franceses en Chile”, pág. 98, Hachette, París 1987.

7. Wiener, Charles: “Chili et chiliens”, págs.13-14. Lib. Cerf, París, 1888.

La ciudad, tal como la encontramos en la historia y la conocemos hoy, es una vasta, compleja y heterogénea construcción en el espacio. Erigida a través de las edades por innumerables y, las más de las veces, anónimos constructores, representa la mayor suma de obra humana acumulada en el tiempo.

Cada generación va dejando en ella una muestra de su aporte en términos de su particular cultura y modo de vida en su propio tiempo. Desde este punto de vista, cada ciudad es historia y memoria de sí misma, testimonio permanente de la continuidad del hombre y de la sociedad humana con su propio pasado. En este sentido, somos herederos de nuestra historia y de los hombres y mujeres que construyeron y nos legaron las ciudades en que vivimos. En su sabiduría, el viejo maestro Mumford decía: “En la ciudad, el tiempo se hace visible”¹.

La “otra” historia, la política, es mucho menos aparente, constituye un concepto “aprendido”. El “aquí durmió San Martín después de la batalla de Chacabuco”, no se reflejaba en modo alguno en la casona de la calle Santo Domingo, recientemente demolida. La pequeña y desapercibida casa de Santo Domingo 627, morada de doña Rosario Puga, amante de Don Bernardo y madre de su hijo Demetrio O’Higgins y Puga, es hoy una escuelita municipalizada, sin que nada en su aspecto exterior pueda evidenciar tan extraordinario cambio de uso.

Todo un preámbulo para señalar que la historia de nuestro primer centenario se inicia en el año uno, en aquella orgullosa y polémica fecha en que un Cabildo Abierto, presidido por un añoso aristócrata criollo, Mateo de Toro y Zambrano, Conde de la Conquista, se declaró “Fiel vasallo del más adorable monarca Fernando”². Partamos pues de esa fecha, cuando la ciudad se aprestaba a cumplir 270 años y se empinaba a los 36.000 habitantes.

En estos casos los testigos presenciales son indispensables. Recordemos entonces lo que dice Vicente Pérez Rosales refiriéndose a la ciudad en los primeros años de la Independencia:

“¿Qué era Santiago en 1814? Santiago en 1814, para sus felices hijos un encanto, era para el recién llegado extranjero una apartada y triste población, cuyos bajos y mazcotudos edificios, bien que contruidos sobre calles rectas, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya, hasta su inmundo engarce, porque si bien se alzaba sobre la fértil planicie del Mapocho, limitaba su extensión, al Norte el basural del Mapocho, al Sur el basural de La Cañada, al Oriente el basural del recuesto del Santa Lucía y, el de San Miguel y San Pablo al Occidente”³.

El corazón de la ciudad, la Plaza Mayor, Plaza de Armas o Plaza de la Independencia, nombre este último que nadie recuerda o nadie usa, no sale mejor considerado en los memorialistas de la época:

“La Plaza de Armas no estaba empedrada. El Mercado de Abasto en el costado oriente, era un galpón inmundo. El resto estaba ocupado por los vendedores de mote, picarones y huesillos y por los caballos de las carnicerías. A esto hay que agregar una ancha acequia que recorría toda la Plaza. Lo que había en sus orillas no es para decirlo pues para los vendedores no había otro lugar para el descanso. Cuando entró a Chile el Ejército de los Andes, se encargó a los soldados que vigilaran a las personas que hacían sus diligencias en la calle, obligando a pagar a los infractores cuatro reales por un caso y un peso por el otro... En la cuadra que está al oriente del teatro Municipal, había una letrina, palabra que sólo indicaba que en sus inmediaciones se podían evacuar ciertas diligencias. Aún así, no era posible pasar por esa vereda sin gran peligro y siempre con las narices tapadas”⁴.

En 1835 el Intendente Cavareda hizo ejecutar el empedrado de la Plaza y colocar en el centro la Pila de Rosales con sus exóticos personajes y animales tropicales que representan la Libertad Americana y que hoy han vuelto a ocupar ese lugar geométrico.

La ciudad del novecientos

Pero volvamos a Pérez Rosales y sus recuerdos de 1860.

“Quién hubiera imaginado que aquellos inmundos ranchos que acrecían la ciudad tras el basural de la antigua Cañada, se habían de convertir en parques, suntuosas residencias i que es más, el mismo basural se había de tornar en Alameda de las Delicias, paseo que, sin rubor, puede envidiarnos para sí, la más pintada ciudad de la culta Europa”⁵.

El cambio aparece gatillado, desde mediados del siglo por la llegada de “profesores, médicos, ingenieros, arquitectos, agrónomos, enólogos, litógrafos, impresores, músicos y artistas franceses”⁶. (Agreguemos, por nuestra parte, a los peluqueros, las modistas y los “chefs de cuisine”). Destaquemos a Brunet Des Baines y Luciano Henault, entre los arquitectos y a Monvoisin y Charton de Treuille, entre los pintores, por la profunda influencia que ejercieron en la renovación arquitectónica y artística del siglo XIX. La semilla del cambio cultural estaba sembrada y daría nuevos frutos con la llegada a la Intendencia de Santiago de Benjamín Vicuña Mackenna, en 1872. Era la época en que la sociedad chilena, seducida por la cultura francesa, podía enorgullecerse de ser París en América, lo que por otra parte, era la pretensión de todas las capitales americanas tras la transformación de París bajo Napoleón III y Haussmann, el prefecto del Sena.

Hacia el último tercio del siglo, la palabra “transformación” adquiere un significado universal como sinónimo de urbanismo y de progreso. Las ciudades europeas y americanas rivalizaban en ambiciosos planes de hermoamiento. El fenómeno se repite en América Latina, donde la influencia francesa se había hecho sentir con particular fuerza a partir del proceso emancipador. A pesar de Napoleón, Francia representaba para los americanos las ideas liberales. Así es como las ideas de renovación llegan hasta Chile por intermedio de Vicuña Mackenna, quien había sido testigo en Francia del ocaso del Segundo Imperio y la proclamación de la República en el espléndido marco urbano creado por Haussmann.

No es extraño, entonces, que Santiago se pueble de mansiones que reproducen, en yeso y escayola, toda la gama de estilos históricos y seudohistóricos en boga en la Europa de fines del novecientos, con la abrumadora influencia de L’Ecole de Beaux Arts de París. La sociedad chilena pretendía revivir los usos y costumbres del París Imperial. Las mansiones se alhajaban con ebanisterías y boudoirs, tapicerías de Beauvais y de Aubusson, porcelanas de Sevres, cristales y luminarias de Baccarat. Los jardines se adornaban con jarrones, esculturas y fuentes de hierro forjado de Val D’Osne. Las matronas se hacían retratar, desde Monvoisin en adelante, con atuendos y joyas dignas de Las Tullerías. Arquitectos, retratistas y paisajistas franceses se encargaban de hacer realidad las demandas de una sociedad refinada y elitista.



Afiche publicitario de la pasta dental Odol. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.



Afiche publicitario de producto Té 18. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

8. Child, Theodore: "Les Républiques hispano-américaines", págs. 118-119. Hachette, París, 1891.

9. Wiener, Charles: Op. cit., pág. 14.

10. Cordemoy, C. de: "Au Chili", pág. 41. Hachette, París, 1899.

11. Balmaceda Valdés, Eduardo: "Del Presente y del Pasado", pág. 114. Ercilla, 1941.

>> Dos viajeros franceses nos han dejado sus impresiones sobre la ciudad en vísperas del centenario: Charles Wiener y Theodore Child. Dice Wiener: "A menudo nos hemos preguntado a qué estilo pertenecen las mansiones elegantes, las residencias señoriales de Santiago y no hemos podido encontrar respuesta. Lo que existe son fachadas y decoraciones que varían al infinito, mostrando ya una techumbre renacentista sostenida por columnas dóricas, ya un cuerpo central florentino flanqueado por alas "d'un style quelconque". Sobre el ladrillo o el revestimiento de murallas, sobre el yeso, el estuco o la madera aparecen los colores que, a la luz de la tarde, representan mármoles y granitos, pórfidos y jades"⁷.

Child es aún más cáustico o menos diplomático:

"Lo poco que existe de notable en la arquitectura de Santiago, está invariablemente construido en estilo renacimiento o sus derivados. En arquitectura se imita aquí tanto lo bueno como lo malo. En Chile la única fuente de inspiración es la imitación. Tal ausencia de originalidad es la marca de un gran número de residencias particulares construidas a precio de oro por la riqueza o por la vanidad. Un ciudadano de la República se ha hecho construir una mansión pompeyana ampliando las dimensiones del modelo hasta lo inadmisibles. Otro se muestra orgulloso de su sombría residencia de un falso tudor. Un tercero ha imaginado que la suprema originalidad sería una villa turco-siamesa con cúpulas doradas y un minarete sobre el techo"⁸.

A pesar de sus aprensiones estilísticas, Charles Wiener no puede menos que exclamar:

"¡Qué hermosa es la Alameda con su doble hilera de árboles, sus acequias, sus edificios, desde las cabañas a los palacios espléndidos. A ciertas horas del día, Santiago presenta, bajo la luz crepuscular, un aspecto feérico e inverosímil..."⁹.

La Alameda era, no cabe duda, el más importante paseo urbano. Grabados de la época muestran el rito de sociedad de ver y dejarse ver, con el concho del baúl, como se estila decir en Chile. Un tercer viajero francés se refiere a ella en los términos siguientes:

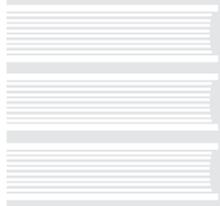
"La Alameda, que dicho sea de paso, no tiene ningún álamo, es una hermosa avenida que, en las chapas de señalización colocadas en las esquinas aparece como "Rue de Delices". Allí se despliegan los monumentos a los hombres notables, Carrera, San Martín, O'Higgins, el abate Molina y tantos más"¹⁰.

En Chile, termina diciendo el viajero, se compara, con ventaja, la Alameda a los Campos Elíseos, El Campo de Marte, el Sena del Mapocho, los Campos Elíseos de la Alameda...! ¡París en Santiago!

Para que la ilusión sea perfecta, las avenidas conducentes al Parque Cousiño, pasan a constituir el sector residencial de alta categoría. El Palacio Cousiño, el Palacio Astoreca, para no nombrar sino a los sobrevivientes, son testigos del paseo de la tarde que se encauzaba por la Avenida del Dieciocho de Septiembre, pavimentada con adoquines traídos de Cherburgo, Francia, hasta que a alguien se le ocurrió hacerlos en Conchalí...!

Un cronista de sociedad de comienzos del siglo XX decía lo siguiente:

"En aquel tiempo, la calle Dieciocho era de mucha categoría. Familias importantes y adineradas habían construido allí sus residencias. Alcanzamos a conocerla con aquel pavimento de madera que contrastaba con las otras rúas de piedra de huevillo que tan tremendo ruido hacían al contacto con el acero de las ruedas de los carruajes. Desde que se entraba en la calle Dieciocho, sólo se sentía como un rumor aristocrático y elegante"¹¹. rpe



Libros

- **Cuando Chile cumplió 100 años.** Alfonso Calderón, Editorial Quimantú, 1973. Sección Chilena 10; (1150-81). 95 p.
- **Identidad y Nación entre dos siglos.** Bárbara Silva, Editorial LOM, 2008. Sección Chilena 9M (103-23). 196 p.
- **Chile tiene fiesta, el origen del 18 de septiembre (1810-1837).** Paulina Peralta, Editorial LOM, 2007. Sección Chilena 11; (954-63). 210 p.
- **El Santiago del Centenario visto por El Mercurio: 1900-1910.** Chantal Signorio, Editorial El Mercurio-Aguilar, 2006. Sección Chilena 9A (719-22). 207 p.
- **Chile des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición capitalista 1810-1910.** María Angélica Illanes, Editorial LOM, 2003. 499 p. Sección Chilena 11M; (268-28).
- **Desocupado chileno colocado: actitud social y medidas estatales ante la aparición del primer fenómeno de desocupación masiva 1914-1919.** María Paz Lanús Hernández, 145 h. Sección Chilena 11M; (265-4).
- **El Chile del Centenario: imagen y realidad en torno a su celebración.** Rosario Ríos Tamayo, 2001, 118 h. Sección Chilena 11M; (270-7).
- **Libertarios, artistas y estudiantes: la influencia de Tolstoi en la historia de Chile (1900-1920).** Rodrigo Bugueño Droguett, 1999, 95 h. Sección Chilena 10M; (171-14).
- **El papel del Estado en Chile: ideas y proposiciones 1910-1920.** Jorge Soto Vásquez, 1988. Sección Chilena 10M; (227-23). 383 h.
- **El Chile del Centenario, los ensayistas de la crisis.** Cristián Gazmuri, Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.
- **Chile: el Centenario y 100 años después.** César Cerda Albarracín, Ediciones UTEM, 2007, 103 p. Sección Chilena 9A; (628-101).
- **Celebración del Centenario patrio en la ciudad de Santa Rosa de Los Andes: cien años de independencia y una aspiración a la modernidad.** Javiera Donoso Jiménez, Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2007, 80 p. Sección Chilena 9M; (037-38).
- **La dimensión educacional de la crisis del centenario en Chile: modernización, nacionalismo y reforma.** Andrés Baeza Ruz, 2006, 216 h. Sección Chilena 9A; (683-11).
- **Crónicas del Centenario.** Joaquín Edwards Bello, 1968, Santiago, Editorial Zig-Zag. 169 p. Sección Chilena 10; (956-25).
- **El año del Centenario.** Carlos Morla Lynch, Santiago, 1921.
- **Memorias del Tiempo Viejo.** Luis Orrego Luco, Santiago, Editorial U. de Chile, 1984.
- **Sinceridad, Chile íntimo en 1910.** Alejandro Venegas. Editorial Cesoc, 1998.
- **La conquista de Chile en el Siglo XX.** Tancredo Pinochet Le Brun, Santiago, 1909.
- **El Centenario de Chile.** José Enrique Rodó. Montevideo: Ediciones U. de la República, 1960.
- **Crónicas del Centenario: la Colonia, la Patria Vieja.** Benjamín Vicuña Mackenna, Santiago, Ed. Universo, 1910, 398 p. Sección Chilena 11;(590-14).
- **Símbolos y Discursos en torno a la nación: Patria Vieja y Centenario.** Bárbara Silva Avaria. Santiago de Chile. 2003, 159 h. Sección Chilena 10; (826-85).
- **Los festejos del Centenario de la Independencia: Chile en 1910.** Luis Muñoz Hernández. Santiago 1999, 104 h. Sección Chilena 10 M; (232-17).



Links

- **El Centenario de Chile en Wikipedia**
http://es.wikipedia.org/wiki/Centenario_de_Chile
- **Las fiestas del Centenario en 1910**
http://www.memoriachilena.cl/temas/index.asp?id_ut=lasfiestasdelcentenario:celebracioncritica,1910
- **Cristián Gazmuri, El Chile del centenario, los ensayistas de la crisis**
http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-71942003003600028&script=sci_arttext
- **Chile del Centenario**
<http://www.chilebicentenario.cl/frmArticuloCentenario.aspx?idArticulo=46&idSeccion=5>
- **Los preparativos del Centenario**
<http://www.chilebicentenario.cl/frmArticuloCentenario.aspx?idArticulo=47&idSeccion=5>
- **Las celebraciones del Centenario**
<http://www.chilebicentenario.cl/frmArticuloCentenario.aspx?idArticulo=48&idSeccion=5>
- **Las obras del Centenario**
<http://www.chilebicentenario.cl/frmArticuloCentenario.aspx?idArticulo=49&idSeccion=5>
- **Historia de Chile: el Centenario**
http://www.clublatercera.cl/medio/articulo/0/0,38035857_152309027_374678395,00.html
- **Análisis del primer Centenario chileno**
http://www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2007/fernandez_b/html/index-frames.html
- **La Generación Centenario y la Unión Nacional de Chile**
<http://www.centroestudios.cl/articulos/generacioncentenario.htm>
- **El Grupo Centenario y la Pintura en Chile**
<http://www.centroestudios.cl/articulos/centenariopintura.htm>
- **Chile en el primer Centenario de la independencia en 1910: Identidad y crisis moral**
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2362788>
- **Biblioteca del Centenario**
<http://www.bibliotecavirtualdelbicentenario.cl/obras.asp?sec=1>
- **100 años de la masacre obrera de la Escuela Santa María, volvemos a la Pampa**
<http://www.piensachile.com/content/blogcategory/11/15/>
- **La generación centenario los inicios de la poesía moderna en Chile**
<http://www.alertaaustral.cl/2007/1105/generacioncentenario.html>
- **La copia feliz del Edén: un centenario, su museo y el cóndor**
http://revistas.javeriana.edu.co/sitio/apuntes/sccs/plantilla_detalle.php?id_articulo=148&PHPSESSID=f56d4009fd245bdf71dee4cbafb32ff3
- **Inauguración del Museo Nacional de Bellas Artes**
<http://www.nuestro.cl/bicentenario/articulos/museo.htm>
- **Nuestra Deuda con El Bicentenario de Chile. Angel Cabeza**
http://colegioarquitectos.com/patrimonio/?page_id=141
- **Bibliografía relacionada con el Centenario de la Independencia de 1910**
http://www.memoriachilena.cl/temas/bibliografia.asp?id_ut=lasfiestasdelcentenario:celebracioncritica,1910
- **El Centenario en Chile (1910). Relato de una fiesta**
http://www.bicentenariochile.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=28:resena-qel-centenario-en-chile-1910-relato-de-una-fiesta&catid=13:resenas&Itemid=15

ARTE ALLIMITE.
REVISTA ESPECIALIZADA EN ARTE

REVISTA DE ARTE INTERNACIONAL

Suscríbete

\$28.000 ANUAL / 6 EDICIONES

www.artellimite.com / info@artellimite.cl / (56-2) 208 79 54

Independencia de verdad
Con cobertura total

RADIOGRANAS

El radio más escuchado y con mayor credibilidad de los medios.

Radiograma Noche
Lunes a Domingo
6:00 a 9:00 hrs.

Radiograma Nocturno
Lunes a Domingo
13:00 a 16:00 hrs.

Radiograma Vespertino
Lunes a Domingo
19:00 a 20:00 hrs.

Con el apoyo de la
Municipalidad de

99.7
Santiago

BIO-BIO
LA RADIO

APRENDERÁS
CON PENSAMIENTO
CRÍTICO.

UNIVERSIDAD ACADEMIA
DE HUMANIDADES CRISTIANAS
ACREDITADA HASTA 2011

Universidad para pensar

26 AÑOS

25 AÑOS
siempre el
mejor cine

Cine Arte
Normandie

SINTONÍZATE
en
radio usach
94.5 FM

- **Unidad Uno:** Toda el año con programación en vivo los días 7, 10, 13, 16, 19, 22 y 25 de cada mes con la participación de cabare y música en vivo.
- **Unidad Cultural:** De lunes a viernes, justo al mediodía, se encuentra de cultura en español en vivo.
- **Unidad Multicultural:** El primer programa multilingüe de la radio en español, francés, portugués, inglés e italiano. Los días martes, a las 18:00 hrs.

www.radiounach.cl - Teléfono: (56 - 2) 718 1722

MONDE
diplomatique
Aún Creemos en los Sueños

INDISPENSABLE PARA COMPRENDER
EL MUNDO DE HOY

Librería Le Monde Diplomatique,
San Antonio 434, local 14, Santiago
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
Teléfono: (2) 667 20 50 - Fax: 638 17 23

Compras por internet:
www.editorialauncreemos.cl

TU REVISTA A DIARIO

www.elperiodistaonline.cl
a toda hora/todos los días

Dedal de Oro
Laboratorio cultural - creatividad y diversidad
Revista editada en el Cejón del Maipo
para Santiago y regiones

Puntos de venta en Santiago:
- Librería LOM
- Biblioteca Nacional
- kiosco de diarios
- Tiendas con Moneda
- Alquimist Apotheke
Guerra Vieja 16 y Bilbao 1815

Publicidad y suscripciones:
T: 8611336 y 693344763
revista@dedaldeoro.cl
www.dedaldeoro.cl

Experiencias Patrimoniales

Juegos tradicionales

Intervención social con prácticas patrimoniales

Por Grace Dunlop Echavarría

Aunque a Miguel Andrade Oyarzún le preocupa la falta de lugares para el juego en la actual ciudad, ello no es algo que lo desanime fácilmente. Bajo su dirección, los espacios públicos más abandonados han dado paso a canchas donde se practican con entusiasmo juegos tradicionales chilenos, marcando la tierra para dar paso al hachita y cuarta en el juego de las bolitas.

Investigador y coordinador social, monitor familiar de CONACE (Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes), Andrade ha realizado talleres de difusión de juegos tradicionales en jardines infantiles, colegios especiales, centros de adultos mayores y comunitarios, escuelas básicas, etc. En muchos de ellos, ha trabajado con juegos como las bolitas, el volantín, el emboque, el trompo, el billar campesino, como recursos de intervención social para aminorar la agresividad individual y grupal y erradicar la droga, entre otros objetivos.

No sólo ha sido un mano a mano con habitantes de las poblaciones más marginadas, sino que también se ha instalado en las esferas profesionales, mostrando la evolución de esta dinámica y su beneficio en la educación y salud actual.

Para Andrade, "las tendencias actuales están orientadas a defender el enfoque de desarrollo en la perspectiva de lo humano, reconociendo la importancia del desarrollo centrado en la gente, como un factor clave para la erradicación de la pobreza y como un imperativo ético, social, político y moral de la humanidad, donde la influencia de estas recreaciones han sido reconocidas".

Coincide con la Organización Mundial de Educación Extraescolar en el sentido de incentivar el juego como un medio de aprendizaje y formación infantil, y en la necesidad de enriquecer este tipo de juegos en los centros de enseñanza, donde las expresiones simbólicas, realistas y expresivas sean una real terapia para los infantes.

Jugando para prevenir

Así, la propuesta que ha presentado a las numerosas municipalidades e instituciones donde ha desarrollado estos talleres de juegos tradicionales, contempla como objetivo general el trabajar el rescate, reencuentro y



Publicidad de imprenta y litografía Universo. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

difusión de los juegos con sentido de identidad, pertenencia, patrimonio y tradición. En lo particular, Miguel Andrade persigue que quienes participen obtengan un mejor aprovechamiento del tiempo libre, un acercamiento generacional, disminuyan la agresividad individual y colectiva, trabajen en la prevención del consumo de droga, alcohol y tabaco, el conocimiento de tradiciones criollas, distinción de la discriminación y el racismo; propendan a detener la obesidad infanto-juvenil; a mejorar coordinación psicomotriz, entre otros apoyos y valores.

Trabaja con una modalidad de terapia recreativa y aprendizaje entretenido, para todas las edades y sexos. Son metodologías distantes de lo convencional, donde se forma mejor el carácter de los niños, tienen una relación más firme en lo amistoso y de respeto por la diversidad, además de promover vínculos familiares, sin perder el desarrollo del liderazgo personal.

En el año 2000, Miguel Andrade organiza y entrena en Cerrillos la primera selección de juegos tradicionales para concurrir en noviembre de ese año a Santa Fe, Argentina, al I Campeonato Sudamericano de bolitas y presentación de juegos tradicionales. Para él, esa ocasión marcó el término de una etapa, "iniciándose una con práctica regulada, reglamentada con nuevas clasificaciones, en una palabra, se profesionaliza el juego tradicional, sin ser necesariamente sus ejecutores profesionales, sino simples autodidactas con experiencia, que han permitido integrar otros nuevos juegos que no están en los textos teóricos conocidos".

El origen popular determina que su carácter sea genérico, y por ende, impersonal y anónimo, ya que pertenece a todos en lo colectivo y a nadie en lo individual, tiene reminiscencias de culturas pretéritas, conservada por el pueblo y obra de la tradición. Por ello, para Miguel Andrade "lo popular no defiende individualidades sino identidades". ^{17c}

Bitácora

Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares

Al rescate del patrimonio inmaterial chileno



La gran batalla de flores en el Parque. Iconografía perteneciente a las colecciones de la Biblioteca Nacional, recopiladas por el diseñador Felipe Bruna para su libro Retrospectiva Visual del Centenario de Chile, pronto a ser publicado.

El Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca Nacional fue creado en 1992, con la misión de sistematizar y poner al acceso de los usuarios un valioso conjunto de documentos y colecciones relativas al patrimonio inmaterial, que se encontraban dispersas en varias colecciones privadas. Asimismo se reunieron todos los registros realizados por investigadores de la Biblioteca Nacional en terreno y trabajos de campo de diversas expresiones de la cultura tradicional a lo largo de Chile desde 1980.

La gestora de éste gran proyecto fue Micaela Navarrete, directora del archivo hasta agosto de 2009, momento en que fue designada Curadora Emérita del Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares. En la oportunidad, Nivia Palma, directora de la Dibam, reconoció la validez y vigencia de su labor con las siguientes palabras:

“La historia oficial de esta Biblioteca se inicia hace casi 200 años, como expresión de la profunda convicción del

derecho y la posibilidad de la libertad e independencia del Imperio Colonial, y del sueño de construir una sociedad igualitaria. Resulta una quijotada que, aún mientras la sangre corría por las calles y la Independencia no estaba asegurada, se firmara el decreto para crear la Biblioteca Nacional. Allí se inició una historia oficial, que ya había partido antes. Allí estaba instalada la idea del derecho y necesidad de crear nuevo conocimiento y acceder al conocimiento de la humanidad, allí estaba ya instalada la idea de trascendencia, de memoria, de trayectoria.

Sin embargo, esa necesidad quizá de construir un nuevo Estado y la marca a fuego del colonizador, marcaron un camino de ruptura de la cultura popular y de la cultura mal definida como académica; una ruptura, al mismo tiempo, de la cultura oficial con sus raíces indígenas y su realidad mestiza. Fueron muchas décadas de omisión, silenciamiento y descalificación de manifestaciones tradicionales y populares de la cultura de nuestro país, fueron siglos de negación de nuestra condición de mestizos. Y en la Biblioteca Nacional, también, se negó el espacio para esas manifestaciones. Por eso, creo fundacional el tra-

bajo realizado desde los años '80 y que culminan el año 1992 con la creación del Archivo de la Literatura Oral y de las Tradiciones Populares en ésta la principal institución cultural de la República. La creación de este Archivo, que hoy celebramos, es un gesto cultural muy radical y subversivo. Con él se dice, casi 25 años después de la muerte de Violeta Parra y a casi 20 años del asesinato de Víctor Jara, que la cultura popular es relevante para el país, y que la literatura popular, la música de raíz folclórica, la gastronomía, los saberes populares ancestrales son tan importantes como la obra de Andrés Bello.

Entonces, hoy estamos celebrando un momento histórico de inflexión de la noción del Estado chileno sobre su propia cultura. La creación de este Archivo marca un antes y un después de la Biblioteca Nacional. Con este gesto se le dice, creo, al pueblo chileno que cada uno de nosotros es un creador y cultor, y que aquellas manifestaciones culturales que nos acunaron y nos acompañaron en nuestro proceso de hacernos jóvenes y adultos, son parte del patrimonio cultural de Chile. Y el gesto se hace en el centro simbólico de la cultura del Estado: en la Biblioteca Nacional.

Por ello, deseo relevar el rol cumplido por Micaela Navarrete, su promotora, creadora y luchadora incansable para sostener y ampliar este espacio. Micaela hoy cumple una etapa relevante de trabajo en la Dibam; aquí creció como persona y como profesional, aquí descubrió talentos, aptitudes y nuevos sueños. Muchas veces, sé, le costó adaptarse al complejo y limitado formato del Estado; otras tantas, se agotó por no sentirse escuchada. Yo creo que Micaela fue y es más escuchada de lo que ella imagina. Logró su propósito. Este Archivo es su gran obra y su gran aporte a la cultura chilena. A nombre de la Dibam, hoy deseo agradecer sinceramente todo su aporte y decirle que deseamos continuar contando con su aporte. Y como expresión de ello, y a proposición de la directora de la Biblioteca Nacional, he instaurado, vía resolución, la categoría de Curador Emérito en la Biblioteca Nacional. Y hoy, por primera vez, otorgamos esta distinción y categoría a la directora del Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares, Micaela Navarrete”. rpc

Publicaciones

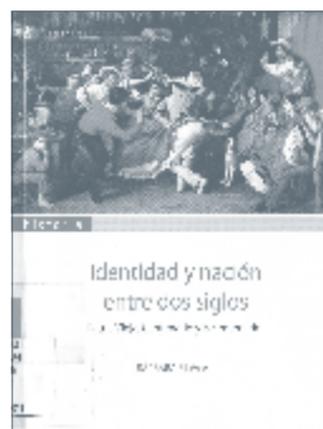
Identidad y Nación

Este libro surge de una nueva investigación que realizó la autora a partir de un estudio previo elaborado entre los años 2003 y 2004. Ello implicó una revisión exhaustiva de la primera parte -Patria Vieja-, la reestructuración completa y reescritura de la segunda parte, referida al Centenario, y la elaboración de una tercera parte que trata sobre el Bicentenario.

La reflexión y el análisis actuales debieran tender casi naturalmente hacia la nación y la identidad. El momento no es casual, dice Bárbara Silva, ya que los acontecimientos simbólicamente significativos, como son las conmemoraciones, abren puertas a la evaluación, a la crítica, a repensar, a redefinir, en este caso la nación.

La observación de la nación y de la identidad desde hitos representativos, como las conmemoraciones, en las que el tiempo parece decantar, ofrecen el escenario perfecto para entrever y cuestionar el proceso de construcción. Cuestionar, sea en sentido de crítica, sea en el sentido de reafirmar y celebrar lo que ya está hecho. Ese escenario de algún modo deja aparecer toda esa multiplicidad, diversidad y complementariedad de la nación.

**Identidad y nación entre dos siglos
Patria Vieja, Centenario y Bicentenario**
Bárbara Silva
196 páginas
2008

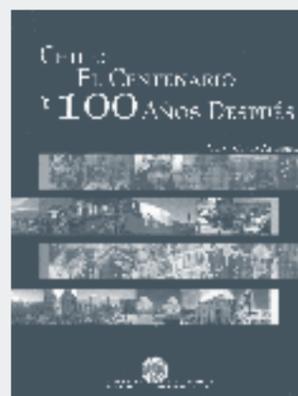


Centenario y Bicentenario

En este ensayo, el profesor César Cerda analiza la situación actual chilena, expresando que existe una "mirada tuerta" que se hace desde las esferas oficiales y desde las fuerzas sociales económicamente dominantes sobre la realidad del país. Con un enfoque crítico, compara el Chile del Centenario con el Chile del Bicentenario. El autor sostiene que Chile es un país en que su crecimiento apareja grandes costos en el desarrollo humano y en el medio ambiente, ocupando el tercer lugar a nivel mundial en la depredación de los recursos naturales y uno de los primeros lugares en la mala redistribución del

ingreso. En gran medida esto es resultado de que una parte muy minoritaria de la población chilena está actuando de manera no responsable, cerrados a una mirada estratégica de país, donde impera ante todo el criterio de lo privado por sobre los intereses y las necesidades colectivas.

Chile: El Centenario y 100 años después
César Cerda Albarracín
103 páginas
2007



Cien años

Este volumen corresponde al número 43 de la publicación quincenal de la Editorial Quimantú "Nosotros los chilenos", que fue editada el 14 de junio de 1973 por el Premio Nacional Alfonso Calderón. Aquí el autor hace referencia a los momentos que vivía Chile en los albores del Centenario. Con apoyo gráfico, realiza un rescate de las costumbres santiaguinas de la época, el problema que se presentó con la sucesión constante de los presidentes de la República, los eventos culturales que se realizaban en la capital, las celebraciones y espectáculos en torno del Centenario, el paso del Cometa Halley, el fusilamiento de Bekert (el asesino de la Legación Alemana), la "Cuestión Social", entre otros temas.

Respecto de este último, Calderón rescata información aparecida en los diarios acerca de la realidad que se vivía en el Santiago de esos años: "La mortalidad infantil y la extensión de la tuberculosis, que son una afrenta para nuestra cultura y una sentencia de muerte para nuestro porvenir nacional, tienen su origen en los conventillos, en su falta de luz y aire, en su humedad y en su absoluta carencia de todas las condiciones que debe poseer una habitación humana".

Cuando Chile cumplió 100 años
Alfonso Calderón
95 páginas
1973



Mirada al Centenario

Esta selección de las crónicas de Joaquín Edwards Bello está realizada por Alfonso Calderón. Por medio de ellas se le entrega al lector la visión de un testigo fiel de la época. Las fiestas, los banquetes, los políticos, las personas y los lugares desfilan en estas "Crónicas del Centenario" con una increíble gracia y amenidad, dignas armas que siempre esgrimió el genial escritor.

Siendo Calderón asesor literario de la Editorial Zig-Zag, intentó publicar las mejores crónicas de Edwards Bello, quien era conocido por su mal genio,

lo que significaba entonces una ardua tarea. Pero como no se dio por vencido, lo siguió hasta lograr convertirse en mejor discípulo. Fue así como partió esta fructífera relación para ambos que derivó en variadas publicaciones, una de ellas son estas Crónicas publicadas en 1968.

Crónicas del Centenario
Joaquín Edwards Bello
169 páginas
1968





ESTATUA DE CAUPOLICAN